

Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 36 - julio de 2012 - distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)





4 El que se enoja pierde



6 Epifanía en Manríque Central



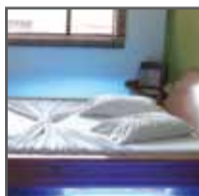
8 calzoncitos de Mademoiselle Toní



10 Un cuerpo humano en el menú



14 Mitos de motel



19 La edad de las piedras



UNIVERSO CENTRO  
Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

—Juan Fernando Ospina

EDITOR

—Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

—Fernando Mora

—Juan Carlos Orrego

—Guillermo Cardona

—María Isabel Naranjo

—Alfonso Buitrago

—Ana Lucía Cárdenas

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

—Lyda Estrada

COORDINACIÓN COMERCIAL

—José Alejandro Zuluaga

DISTRIBUCIÓN

—Érika, Sebastián y Gustavo

CORRECCIÓN

—Paca y equipo UC

ASISTENTE

—Érika Acero

Es una publicación de la

Corporación Universo Centro

Número 36 - Julio 2012

16.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



# Caucanistán

“Debemos unirnos para combatir no solo a la guerrilla. Hacemos un llamado a los sectores indígenas: eviten la confrontación”. Eso dijo Federico Renjifo Vélez, Ministro del Interior, cuando los indígenas nasa desalojaron —con base en gritos, bastones de mando y empujones— a los soldados apostados en el cerro Las Torres, en Toribío. No hace falta nada para que semejante parlamento pueda ser clasificado, lingüísticamente, como una declaración de guerra.

Vale la pena recordar que el manejo de los asuntos étnicos del país hace parte de las tareas del citado Ministerio, cuyo titular, a lo que parece, es uno de tantos suscriptores de la tendenciosa idea de que la sociedad nacional está compuesta, en dualidad inconciliable, por gobiernistas y chusma. Basta reparar en la palabra “sectores”, usada en reemplazo de aquella, dulce y ecuménica, de “pueblos”: salta a la mente la esquina oscura en la que se recogen los malandrines para hacer de las suyas. “¡Ese sectorcito es tan maluco!”, escucha uno a menudo. Por supuesto, hay pruebas de que el gobierno cree que el Cauca es un “sectorcito maluco”. En medio del alboroto, para que no se pensara en un contagio nacional, el Presidente aclaró que el 50% de las acciones guerrilleras se agrupan en apenas 16 municipios. Estaba hablando del Cauca sin nombrarlo. Es claro que las montañas del departamento son para el gobierno y las Farc una maqueta llena de fichas militares.

Esta bien que no es fácil hablar del abandono del Estado cuando en el Norte del Cauca los mismos indígenas representan esa entelequia materializada en las oficinas públicas: tienen seis alcaldes, dos diputados y más de seiscientos concejales. Y tampoco se pueden señalar unas condiciones de pobreza excepcionales en el departamento: a simple ojo se reconocen más de un centenar de municipios con mayores índices de Necesidades Básicas Insatisfechas que Toribío, por decir algo. Pero hay gestos que justifican la rabia y la desconfianza. Ejemplos: Dos condenas contra miembros del ejército, una de las justicia colombiana y otra de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, por los asesinatos de Germán Escué Zapata y Edwin Legarda, dos líderes indígenas sacados de sus casas y acribillados hace más de una década. Uno más reciente y simbólico muestra al Presidente Santos celebrando el triunfo de Colombia frente a Bolivia en la Copa América 2011 con Toribío destruido a sus espaldas. Pasó un año y nada se hizo para arreglar las 500 casas y el palacio

municipal luego del bombarzo de las Farc. Todavía la oficina de Ezequiel Vitonás, alcalde de Toribío, es su teléfono celular. Y la dirección es su número.

Pero volvamos a las palabras de Rengifo. Algún asomo de luz hay en su frase descuadrada luego del llanto conmovedor del Sargento García. Aunque declara la necesidad de combatir a los indígenas, sabe que no son la guerrilla. De todos modos, parece haber seguridad de que los nasa no están comprometidos con la paz ni con la prosperidad del país; de que los indígenas están del lado equivocado en un país bipolar (cara y sello, blanco y negro). Hace falta, por supuesto, una comprensión del problema con mayor complejidad. Entender, por ejemplo, que la cuestión indígena —en su configuración histórica y cultural, en sus problemáticas— tiene componentes muy distintos a la formación de la guerrilla o la emergencia del paramilitarismo y el narcotráfico. Que en el Cauca, por razones geográficas y políticas, se reúnan ahora todos esos intereses, no autoriza a echarlos en el mismo saco a la hora de enfrentar los problemas que les son inherentes.

Por momentos parece que la guerrilla entiende mejor la importancia del movimiento indígena que el propio gobierno. Y por eso su intención de infiltrar el movimiento —con métodos terribles como siempre— para cubrirse detrás de una base social con credibilidad internacional y fuerza para parar llamar la atención sin necesidad de “tatuos”. El alcalde Vitonás lo dice muy claro: “... aquí hay un proceso fortalecido de las comunidades indígenas y a la guerrilla le interesa dirigirlo. Las Farc quieren poner a sus comandantes en el pueblo, tener milicianos y así fortalecer el Movimiento Bolivariano (MB), eso es lo que hemos notado. Hay una campaña de todo el MB de la guerrilla para infiltrarse en el movimiento indígena... Todo eso porque ellos ven que hay una fuerza de nuestro movimiento que podrían captar y poner a trabajar para sus propósitos”.

Uno de las manifestaciones más representativas de las sociedades indígenas del Cauca es, cómo no, su beligerancia. Pero, dejando a un lado la miopía etnológica del gobierno, lo cierto es que esa intención de lucha existe mucho antes de que asomaran la cabeza Tirofijo o los cultivadores de marihuana *cripy*. Desde hace casi cinco siglos, cuando los españoles entraron a saco en sus tierras, fue necesario que los pueblos nativos se organizaran para la defensa. Y en eso siguen todavía: en un complejo histórico en que se mezclan las expansiones agrícolas de las

ciudades coloniales, el reconocimiento amañado de resguardos en el siglo XIX, la proliferación del gamonalismo y el monocultivo en el XX, la burocracia contemporánea del INCODER y la apatía estatal de siempre, el problema de la tierra del indio sigue sin resolver. Y por eso, en la historia andina siempre habrá alguna cacica Gaitana, algún Túpac Amaru o algún Manuel Quintín Lame que pongan el dedo en la llaga. Nada más natural.

Sin embargo, cuando no se conoce la historia de los pueblos indígenas, las explicaciones truculentas son el recurso más a la mano. El gobierno, los gobiernistas y buena parte de la ciudadanía “civilizada”, imbuidos de un sectarismo del tipo Uribe —porque todavía persiste su estilo obstinado—, ya han establecido que la movilización indígena contra la presencia de actores armados en sus tierras está orquestada por la guerrilla. Es eso lo que pasa, y punto. Pero ya se sabe de dónde nace semejante razonamiento, más allá de la alergia que a esos conciudadanos les producen los tratados antropológicos: el indio es un menor de edad, susceptible de alienación y necesitado de sus buenos correazos; ha crecido espontáneamente sobre la tierra, como una mata de marihuana salvaje que es preciso arrancar. Así se pensaba en el siglo XIX durante la Regeneración, cuando el móvil oculto del Estado era apropiarse de los territorios ancestrales nombrando, como tutor de los indios inocentes, a un cle-ro rapaz.

Está bien que el ejército debe ejercer soberanía en todo el territorio y que la salida de los militares no lleva a otra cosa que al poder del ejército ilegítimo y asesino de las Farc, una tropa que la gran mayoría de los indígenas soporta muy a su pesar. Pero el Estado debería pensar más en sus ciudadanos que en sus enemigos. Pensar un poco antes de dejar caer una bomba sobre un campamento de 15 adolescentes con apenas dos meses en las trincheras de la guerrilla. Preocuparse más por la población que por las líneas imaginarias que traza la estrategia militar. En Brasil ha sido efectiva una llamada Policía de Pacificación en las favelas. La diferencia es que busca más la protección de los civiles que la caída de los pillos. Son un escudo frente a la arrogancia de los armados. Tal vez algo parecido debería hacer el ejército en el Cauca. Más librarlos de la guerra que librar la guerra. Evitar los estragos del Sargento Pascuas y dejarlo que se muera de frío en cimas de Suárez o Miranda. ☪



## Las eternas fiestas

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustraciones: Verónica Velázquez

Cuando el narcotráfico comenzó a revelarse en todo su sucio esplendor en Medellín a mí habían empezado a cansarme las fiestas. Y comencé a privilegiar mis pantuflas sobre mis zapatos de baile. De modo que jamás me vi involucrado en el miserable derroche de mis vecinos que empezaba a hacerse famoso, de mis nuevos vecinos, que colonizaron poco a poco las laderas orientales de Envigado donde yo vivía y que estaban asociadas para mí con la presencia querida de Fernando González. Uno que había andareguiado esos caminos en busca de la divinidad en una muchacha, reflexionando sobre el destino de su país bajo los sietecueros y deseando fincas y hacerse santo al mismo tiempo.

Los viejos ricos antioqueños en decadencia, víctimas de la pasada crisis, emigraron poco a poco de los alrededores de mi casa. Yo les vi marcharse con sus espejos de cristal de roca desde la casa de mi padre. Los vi mientras abandonaban sus paraísos y dejaban las casonas de sus abuelos y sus padres, fundadores de almacenes en Junín y Guayaquil, y de fábricas, que habían sembrado en el valle abajo hasta el río un bosque de chimeneas. Y los caballos comunes y corrientes de las mangadas donde Fernando González suponía que Dios había creado a Eva de catorce años y medio se transformaron poco a poco, no de la noche a la mañana sino poco a poco, en unos caballos que no eran los viejos táparos de todo el mundo, como el mío moro, sino otros caballos, más opulentos, verdaderos monumentos de sangre y nervio, y sangre azul, supongo. Los peones del contorno decían que eran levantados con cuidados de Inglaterra, que las pesebreras estaban alfombradas de rojo, que les gustaba la música clásica. Aunque sus patronos preferían en sus bailes

esas orquestas que yo escuchaba tronar desde mi casa a salvo, y de nombres consonantes con el ambiente de terroristas y pistoleros como los Tupamaros y la Sonora Dinamita y Fruko y sus tesos.

La maquinaria del narcotráfico prohibió en la soberbia Antioquia primero, y después en la aburrida Cali, la inolvidable Barranquilla y la interminable Bogotá, el retorno de la leyenda de El Dorado que enloqueció a los hombres de la conquista. Porque viéndolo mejor, estas cosas de los excesos no son nuevas en Colombia. Colombia había asistido antes a la vida de otros seres exorbitados y exorbitantes entre los piruleros según contó Fray Pedro Simón en las noticias históricas. Para ejemplo, está la historia de aquel Domingo Vera de pomposas propinas, que vestía como un gran señor con infulas de príncipe aunque no era más que un aventurero y tenía algo cómico y triste al mismo tiempo en su figura aterciopelada, con los bolsillos repletos de esmeraldas que derrochaba a su paso por las ciudades asombradas, entre las maritornes y los porteros de los palacios de condes y duques. Y Colombia había visto también los descabellados festines de los señores de la tagua, del marfil vegetal de los botones de antaño cuyos placeres diezmilunochezcós describió Escobar Velázquez, si bien recuerdo, en una crónica llena de vinos del Rin, champañas de Champaña y putas de Francia en las radas de Cartagena, después de hacer la ronda por los taguales del Chocó. Y había visto los oropeles de los caucheros. La tragedia estuvo asociada muchas veces para nosotros con la riqueza.

Siempre los cambios de dirección de los vientos y las modas precipitaron las ilusiones en las quiebras después de cada episodio afortunado. La lista de reyezuelos abatidos en la conquista es larga y cruel comenzando por Lope de Aguirre

—aunque tal vez Aguirre fuera un santo desbocado según sospecho—, muchos acabaron como éste acribillados, o comidos por las niguas de algún pantanero prometedor de potosíes. Y los reyes de la tagua también fueron echados al olvido con la invención de la baquelita y la llegada de los primeros plásticos. Y los caucheros... de la misma manera como los barones del narcotráfico cayeron a veces en las redadas de la policía mientras tomaban aguardiente barato en una cueva, rodeados por cortes de camajanes mal bañados, como le pasó a Carlos Lehder, allí cerca de la casa de mi padre. Agazapados en un closet o durmiendo en un gallinero. Pero esto pertenece a la reflexión parcializada de los que envenenan la felicidad ajena con sus moralinas.

También hubo simples fiestas familiares donde se exhibían la generosidad y la solidaridad, y grandes festines multitudinarios y promiscuos. Con fritanga primero y marranos asados comunes y corrientes. Y después con langostas y licores de alcurnia de Escocia y de Francia. Porque todo se aprende.

Al principio los nuevos reyes de mi vecindario celebraban con una incierta discreción, me acuerdo, con trenos de voladores y tufo de barbacoas y algún tiro al aire. Y después mejoraron los autos y los truenos de las motocicletas y apareció el oro. El oro de siempre, el oro antiguo y ambiguo que enloquece a los hombres desde los años de Domingo Vera, con ese amarillo triste que lo distingue, y que empegota los templos y los palacios desde el principio del mundo en todas partes.

A veces pienso que en medio de la vulgaridad de las fiestas del apogeo del narcotráfico, incomparables con la fiesta recatada de Fritanga en su isla, cuando la cosa era propia de una élite de rufianes celosos, sin hígados, también se realizó la filosofía de los anarquistas en una nueva barbarie redentora, y la de Breton que dijo que el acto surrealista por excelencia sería disparar al azar sobre una multitud. Recuerdo que Rodríguez Gacha usaba en su baño papel higiénico impreso con la Venus de Boticelli. Bakunin no habría podido superar ese gesto de refinamiento anarquizante contra las conquistas del arte de las burguesías. Lenin había dicho que el oro serviría en otro orden más justo para hacer orinales. Pero nadie irrespetó el dinero de una manera tan radicalmente revolucionaria como los inodoros de oro de los primeros mafiosos. Un cinismo esclarecedor e involuntario. Uno como esos vecinos míos de Envigado, que en vez de contarlo, pesaban el dinero, despreciando su esencia, alterando su carácter, ejercieron a su modo, inconsciente, el derecho diabólico de completar la tergiversación social.

El discurso de los moralistas dicen que el delito no paga. Pero omiten decir que a veces también los pandilleros del narcotráfico hacían milagros como los santos antiguos, aunque de otro modo, cuando consolaban a las putas tristes

con automóviles alemanes y con piedras africanas o salvaban de la mugre de la miseria un huérfano mientras hacían otro. La bestialidad y la ternura mezcladas. Y el símbolo: el charro. El charro de siempre en la iconografía latinoamericana. El mero cabrón. El macho cerrero.

Las fiestas de los primeros mafiosos de Medellín, los que me tocaron a mí, las de los fundadores del Cartel de Medellín que fueron mis amigos, eran fiestas más o menos normales. Y sucedían en la intimidad de los prostíbulos de la clase media. Me acuerdo de los brunos y los albertos y las posadas que acarrearban de Panamá la cocaína Merck del principio, camuflada entre los calzones que les traían a las putas de Lovaina y el Fundungo. Muchachos inocentes con infulas de malos, llegaban al jolgorio en automóviles descapotables como en una película. Y a veces con unos perros que parecían muy orgullosos de sus amos por el modo como agitaban el cabo de cola bien cortado. Entonces el narcotráfico —el narcotráfico—, no era todavía una especialización. Era apenas un cuadro. Una manera de redondear el presupuesto. En sus días ordinarios los primeros mágicos se entregaban a otras prestidigitaciones, a ejercer oficios más graves, de más responsabilidad y riesgo. Unos eran expertos en ventosas, maestros del arte de perforar muros y romper tejados. Otros, asaltantes de bancos de barrio. O jaladores, así se llamaban, de automóviles o fabricantes de cheques chimbos. Pero todos poseídos por la concupiscencia del dinero, no

Rodríguez Gacha usaba en su baño papel higiénico impreso con la Venus de Boticelli. Bakunin no habría podido superar ese gesto de refinamiento anarquizante contra las conquistas del arte de las burguesías.

por la avaricia que es otra cosa, por las ganas de ostentar con perfecta inocencia, con perfecta inconsciencia.

No dejo de pensar que en estos Fritangas y Gordolindos y Jabones hay algo sagrado también. El dominio de la transgresión pertenece naturalmente a lo sagrado. Tienen algo de chivos expiatorios mientras se sacrifican en el altar de los valores de una sociedad, llevados al extremo, reducidos al absurdo. La locura de la codicia. La lujuria de ser aceptado. La fiebre de acumular que Marx relacionó con el pecado original. Y que Freud atribuyó al carácter anal, pues en su hermenéutica, quizás con razón, el oro y la mierda corren parejos en los reinos de lo inconsciente.

De cualquier modo, cuando comenzaron a refinarse las fiestas de los narcotraficantes de Medellín, yo decía —como Don Guillermo Cano— que el que me invita me hace un gran honor. Pero el que no me invita me hace un gran favor. Y jamás volví a aceptar las invitaciones de mis amigos cuando se volvieron excesivos... aunque no sé si hice bien o mal, que carajo. ☪



**La divergencia entre la iracundia de un capo local de ingrata recordación y la mesura del actual don de las fieras de Tijuana no altera el resultado. Algún periodista termina muerto. Con rabia o sin ella, ambos son o fueron como niños jugando a ser el capitán Garfio, villano por excelencia y convicción**



## El que se enoja pierde

### De capos, piratas y un zoológico en Tijuana

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías del autor



Nada de lo que visité en los seis días de mi estadía en Tijuana me causó un impacto tan inquietante como lo que vi y sentí en el zoológico privado de Jorge Hank Rhon. Quizás lo único comparable sea la queja estremecedora del inmigrante Anastasio Hernández: “¡Ahhh, por favor señores, ayúdenme!”, que había escuchado en un video que me mostró Jorge Nieto, un pe-

riodista local. Anastasio recibió descargas eléctricas y fue golpeado por una docena de agentes de ‘La migra’, patrulla fronteriza estadounidense— en el paso de San Ysidro, en la frontera entre Tijuana y San Diego, California. Murió dos días después.

En el zoológico me recibió su director operativo, el veterinario Alejandro Campos. Tenía un parche negro en el ojo izquierdo y de una de las paredes de su estrecha oficina colgaban las cabezas embalsamadas de un ñu y un venado, que eran tan grandes como los dos archivadores de cuatro cajones que había en una de las esquinas. Encima de los archivadores, de un cuerno en forma de perche-ro, colgaba un sombrero de vaquero. El escritorio estaba repleto de papeles y entre ellos sobresalía un adorno con plumas de avestruz y pavo real. Luego me enteré de que el doctor Campos había perdido el ojo por el zarzapo de un tigre; un pequeño recordatorio de una de las muchas fieras que ha visto morir en el zoológico de su patrón.

En una ocasión el doctor recibió el orden de sacrificar un tigre de Bengala que sufría de raquitismo y dejar que el chef chino Fito Yee, el cocinero estrella de Hank, se encargara del cuerpo. Para los chinos el tigre tiene poderes sobrenaturales y concentra las energías positivas (el Yang): entusiasmo, valor, virili-

dad, firmeza, calor y fuego; cualidades y características de las que Hank necesita raciones diarias.

No importa que sean sus animales favoritos, Hank no tiene problema en sacrificarlos si hay una celebración que lo amerite o si su botella de tequila se queda sin “condimentos”. No es mito: Hank bebe tequila aderezado con penes de tigre, preparado por Yee con herbolaria china. Y si no hay partes de tigre disponibles se lo toma con genitales de osos, serpientes o escorpiones. El ego de Hank es capaz de albergar a todo el reino animal.

Ha comido tigres, leones, gatos y zorrillos; caballos, burros y cebras; corderillos, víboras y serpientes de agua; perros, búfalos, antílopes, jirafas, osos y zarigüeyas. El zoológico no es un zoológico, es una despensa. Después de recorrerlo en una camioneta estilo *Los Magníficos*, conducida por el veterinario, y de ver una explanada seca y arenosa llena de hileras de jaulas con tigres, cebras, avestruces... sentí que las cosas en Tijuana no andaban bien. Me parecía que si abría esa despensa saldrían en manada los quejidos de dolor de esos animales sacrificados, que los vecinos del barrio Hipódromo, donde está el zoológico, saldrían a sus ventanas y balcones y se darían cuenta de lo que allí pasaba; pero luego pensé que seguramente ya esta-

ban acostumbrados, que ya ni siquiera se preocupaban por ellos.

Alaridos mudos, quejas enjauladas, como las que emite desde ultratumba el periodista Héctor ‘El Gato’ Félix Miranda desde hace 24 años, semana tras semana, a través de la página negra que publica el *Semanario Zeta*, vecino del sector, con la leyenda: “Jorge Hank Rhon: ¿por qué me asesinó tu guardaespaldas Antonio Vera Palestina?”.

Era la segunda vez en mi vida que estaba en un zoológico privado. La primera fue a la edad de ocho años, a mediados de los ochenta, cuando me llevaron a visitar “el zoológico de Pablo”.

Por esa misma época, a principios de 1985, Jorge Hank Rhon llegó a Tijuana a administrar el hipódromo de la ciudad, un negocio en decadencia, propiedad de su padre, quien se lo había regalado a su hijo más rebelde. Allí establecería Jorge Hank su zoológico, su fama y sus costumbres.

Desde su llegada, algunas de las celebraciones más importantes de Tijuana están ligadas a festejos privados de Hank. El día de reyes, una antigua tradición del pueblo donde nació —Santiago Tianguistenco, Estado de México—, hay fiesta en Tijuana; la última semana de enero, por su cumpleaños, hay fiesta en Tijuana; en febrero, cuando cumple su esposa, hay fiesta en Tijuana. Hay



concertos, corridas de toros, desfiles con camellos, elefantes, caballos, y regalos para todos.

El Hipódromo hace parte de las leyendas de la fundación de la ciudad, y desde allí uno de sus hijos predilectos y más polémicos redacta las del futuro. En el libro *La liturgia del tigre blanco* el periodista mexicano Daniel Salinas Basave, hace un recuento de los mitos populares: “que si el reino de las Californias fue el de las amazonas gigantes; que si la Tía Juana fue una meretriz decimonónica que regentaba un gran burdel; que si en la barra más larga del mundo se embriagó toda la armada estadounidense al retornar triunfal de la Primera Guerra Mundial; que si fue la Górra más grande de América con sus shows zoofílicos de burros; que si Al Capone, Rita Hayworth y Clarke Gable disfrutaron el glamur del Casino Agua Caliente; que si Charles Bukowski fue un empedernido apostador en el Hipódromo; que si Jim Morrison bailó la danza del Rey Lagarto desnudo y drogado en la calle Coahuila...”.

Y con la mirada puesta en el porvenir podríamos decir: que si Hank mató al ‘Gato’ Félix; que si es un traficante de animales; que si tiene vínculos con narcotraficantes; que si fue buen alcalde o durante su alcaldía Tijuana vivió una de sus épocas más violentas, en la que floreció el cartel Arellano Félix; que si es un benefactor que vela por los pobres; que si se ganó a su esposa en un juego de cartas; que si le devolvió el atractivo

turístico a la ciudad con sus casinos, sus fiestas con conciertos masivos y su equipo de fútbol que por primera vez ascendió a primera; que si saldrá elegido gobernador en las elecciones de 2013.

Aunque hace veinte años no hay carreras de caballos en Tijuana, al lugar donde Hank tiene el zoológico le siguen diciendo El Hipódromo, pues originariamente allí hubo uno, fundado en 1932. En un área de ochenta hectáreas, Hank tiene además un casino, un centro comercial, un estadio de fútbol, un galgódromo, una plaza de toros, unas caballerizas, una mansión, un colegio.

“En el trazado urbano de Tijuana —dice Salinas—, el hipódromo funciona como centro neurálgico, y, aunque en la época de fundación se ubicaba a las afueras, la insaciable expansión de la urbe acabó por dejarlo en el mismísimo corazón de la ciudad. Más que un sitio específico es toda una zona urbana, un territorio donde a menudo arde la ciudad. Partidos de los Xoloitzcuintles, mítines políticos, ferias y conciertos multitudinarios se han encargado de desquiciar el entorno. El hipódromo da nombre a una colonia residencial y a toda una zona de comercio en donde no es inusual escuchar por las noches el rugido de fieras desde el zoológico privado...”.

Así como el zoológico no es un zoológico, el centro de Tijuana no es un centro. Son varios o, para ser más precisos, es una línea de varios kilómetros. Desde su fundación, hace 123 años, la ciudad ha crecido recostada a la línea fron-



teriza. Al otro lado, su vecina San Diego lo ha hecho a espaldas de la línea, orientando sus casas al océano Pacífico. En torno a esa raya que es a la vez trinchera surgieron sus centros —culturales, políticos y económicos—, herederos de sus mitos fundacionales.

El padre de Hank, Carlos Hank González, fue un reconocido político mexicano del PRI, gobernador del Estado de México, regente de la Ciudad de México y secretario de Turismo y Agricultura en la presidencia de Carlos Salinas de Gortari, que acuñó una famosa frase de la política mexicana: “Un político pobre es un pobre político”. Él mismo fue uno de los políticos que más se enriqueció en los años en que ejerció como tal.

Fue líder del Grupo Atlacomulco, como se conoce a una camada de políticos del PRI oriundos del Estado de México que han sido todopoderosos por más de cuatro décadas. La leyenda dice que seis de ellos serían gobernadores y uno llegaría a ser presidente, y este año se cumplió: Enrique Peña Nieto fue el sexto gobernador y ahora es el presidente electo de la República de México.

El tercer hijo del llamado ‘Profesor’, Jorge Hank Rhon, se crió entre caballos y animales, por los que desarrolló una pasión desenfrenada. En su infancia tuvo de mascota un perro, luego un venado y después varias serpientes cascabel. En la adolescencia se aficionó a los caballos. En las haciendas de su padre comenzó a coleccionar animales. Luego coleccionaría hijos. Actualmente tiene diecinueve de cinco mujeres distintas; seis son adoptivos.

En los años ochenta inició su primer negocio, la Promotora Beta, que administraba una cadena de tiendas de mascotas. Con esa empresa llevó a México el primer animal del zoológico hankista, la ballena orca Keiko, que costó 350 mil dólares y que se hizo famosa en todo el mundo por su “papel” en la película *Free Willy*. También con ese negocio Hank adquirió fama de traficante de animales.

En 1991 la Patrulla de Caminos de California le decomisó a Blanca, un cachorro de tigresa siberiana que viajaba con él por una autopista de San Diego, y en 1997 el gobierno de Estados Unidos inició la Operación Tigre Blanco, que vinculaba a Hank con lavado de activos y vínculos con el narcotráfico, pero la investigación no llevó a nadie a la cárcel.

Pese a las sospechas, que lo acompañan hasta el día de hoy, Hank ha sido una presa muy esquivada para sus perseguidores, tal vez gracias al instinto con que lo han nutrido sus animales salvajes. Hank tiene con sus “mascotas” una relación como la de Cronos con sus hijos.

A diferencia de la Hacienda Nápoles, que es húmeda y calurosa todo el año, el zoológico de Hank está en una de las áridas colinas que forman Tijuana. Desde la ventanilla del avión se ven como olas de un desierto atravesado por un muro fronterizo que para muchos es un mue-

lle de arriba, un salvavidas al que agarrarse, un patíbulo en que morir... como te anuncian los gritos de Anastasio y el centenar de cruces blancas pegadas de una cerca que se ve a la salida del aeropuerto.

En Tijuana, la realidad seca y dura como una pared, tiene diferentes formas. Así como el centro no es un centro, ni el hipódromo es un hipódromo, ni el zoológico es un zoológico, el muro fronterizo no es un muro. Según el punto de la ciudad en el que te encuentres es una valla, una cerca, un alambrado, “una línea”, unos barrotos, unas patrullas, unos helicópteros, unas torres de vigilancia, un indocumentado de este lado, un ilegal del otro.

Aprendiz aventajado de Tijuana y de su padre, Hank conoce bien las leyes de la frontera: siempre parecer legal y nunca enojarse. El instinto le falló a Anastasio la noche del 28 de mayo de 2010, y por resistirse a una deportación la frontera lo envió, a patadas y con descargas eléctricas, al más allá definitivo.

Cuando Pablo Escobar abandonó la política y entró a la clandestinidad, al estilo de Hank, quiso alimentarse de fauna, de la fauna política colombiana, pero al final resultó devorado. Escobar fue primario y demasiado rabioso.

Al político mexicano y al capo colombiano los criaron dos maestros de escuela. La figura que guiaba a Escobar era su madre; la que inspira a Hank es la de su padre. Escobar nació libre y pobre, el 1 de diciembre de 1949, en una barriada alemana a Medellín, donde su madre lo animaba a conseguir plata; Hank nació rico, el 28 de enero de 1956, cautivo en una cuna de oro, siempre escoltado, con su padre mecidiendo mientras le repetía: “el que se enoja pierde”.

Escobar heredó sacrificio y rabia; Hank el hedonismo como filosofía de vida. Los dos hicieron política, construyeron fama de benefactores y transformaron las costumbres del lugar donde vivieron. Los dos coleccionaron animales, pero mientras el primero sucumbió a la cacería que se montó en su contra, el segundo vive tranquilo y libre, recorriendo sus propiedades, bebiendo sus tequilas con penes y herbolaria china, escuchando el quejido incansable de sus bestias, dándole la espalda al reclamo impreso del ‘Gato’ Félix... diciéndose a sí mismo que nunca debe enojarse. ☐

Este texto se realizó durante el Taller de reportajería e investigación en el periodismo cultural, con Alberto Salcedo Ramos, en Tijuana, México. Seminario Nuevas Rutas para el Periodismo Cultural 2, proyecto FNPI/Conaculta/Cenart.





## EPIFANÍA EN MANRIQUE CENTRAL

por JUAN CARLOS ORREGO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Para R. D.

Los antropólogos tienen razón; y de carambola, los curas, por más que lo hayan dicho en esa jerga gris en que son tan abundantes palabras como “comunidad” o “rebaño”: en los ritos, lo que más importa es el gentío agolpado alrededor de los monigotes. Lo de menos —pero a esto ya no se suscriben los hombres de iglesia— es la verdad sobrenatural que haya o no debajo del aparato ritual, como ya lo dijo el insigne etnólogo E. E. Evans-Pritchard: “Un antropólogo no tiene posibilidad de saber si los seres espirituales de las religiones primitivas o de cualquier otra tienen o no cualquier tipo de existencia, y, por consiguiente, no puede tomar en consideración el problema”.

El pasado 16 de julio llevé a mis hijos a ver la llegada de la procesión de la Virgen del Carmen a la iglesia del Señor de las Misericordias, en Manrique Central, esto es, a lo que cualquiera tomaría por su santuario nacional. Lo digo por las banderas de Colombia que ondean en la alta torre gótica desde una semana antes de la fiesta; por los voladores que durante el mismo tiempo atruenan desde las cinco y cuarto de la mañana para llamar a la diaria procesión barrial; por los sucesivos desfiles de todas las flotas vehiculares de la ciudad, puestas en marcha —entre explosiones y bocinazos— incluso en horas de murciélagos; y, en fin, por el infinito enjambre de romeros y vendedores de cachivaches que llegan

a los pies de la iglesia el día de la celebración central, con inclusión de la flamante banda de la Policía Militar (con cornetas en bandolera). Sin embargo, el santuario nacional de la virgen de los conductores está en Bogotá, sembrado en el cruce de la carrera quinta con la calle octava, entre las frías nieblas de La Can delaria.

Mis hijos tenían derecho a conocer de cerca las razones por las cuales, durante los últimos siete días, no había sido yo quien los había arrancado del sueño para que se aprestaran a ir al colegio. Eso me dije, por más que supiera que tenía mis propias razones; esas que, no sin cierto sobrecogimiento, se suelen llamar “de fondo”: quería huir de casa un par de horas, con la idea de no ver el libro reator del que, muy en vano, trataba de arrancar una idea clara que pudiera ser de utilidad en la clase de estructuralismo antropológico que debía dar al día siguiente; asimismo, quería olvidar por un rato la condenada tesis doctoral que, por vez enésima, un tribunal académico me había ordenado corregir. De modo que, con todo y mi cultivado agnosticismo, tomé las manos de mis críos y recorrí con ellos las dos cuadras que separan nuestra casa del misericordioso templo: era eso o sumirme en la más viva angustia ante las frustraciones de mi —como dijera el poeta Otto Orban— “oficio de mierda”.

Al llegar ante la pared más popular del templo —que curiosamente es su costado sur, habida cuenta de que se trata de una de las pocas iglesias medellinenses sin parque fronterero—, me sentí

en alguna de las páginas de *Frutos de mi tierra* de Tomás Carrasquilla: una multitud inusual abejorreaba por entre tendetes de objetos sacros y puestos de comida. En contraste con el austero cuadro que es habitual los domingos —apenas aderezado con una hierática vendedora de obleas y un crispetero con empaque de boxeador olímpico—, ahora se agolpaban a lo largo de la calle los que, apenas con un poco de imaginación, bien podían ser tomados por los mercaderes expulsados del templo según rezan los evangelios. En varias mesas se amontonaban figuras de bulto de la patrona del Carmelo y otras deidades emparentadas, y por los bordes de la madera y desde una suerte de travesaños que coronaban los puestos de venta se “gulgunguiban” —como los chorizos de que da noticia Carrasquilla— ristas de camándulas y escapularios. A un lado se vendían bombas de papel brillante en que se deformaban las caras de los héroes del cómic, y más allá se ofrecían pífanos de estadio. Había hielo raspado y salsas dulces de colores eléctricos, empanadas bullentes como peces remontando una corriente, ventas de galletas y gelatinas de pata, neveras rodantes con paletas y *Bon Ice* y, por supuesto, obleas y crispetas. Solo no vi gallinas, y como, además, alcancé a distinguir a un carmelita escogiendo un mantecado en una caja de icopor acarreada por dos mocosos, supe que tampoco vería a Cristo volando su látigo. En esta Nueva Jerusalén todos eran bienvenidos al templo.

Muy rápido me ganó la simpatía por la fauna comerciante y, sobre todo, por los especímenes que deambulaban entre los romeros sin un centímetro de andén para apoyar la vara de su mercancía o para detenerse con el carrito de sus comestibles. Todos me parecían igualmente desgredados y como caídos en desgracia. Uno de ellos, moreno y bajísimo —a ojos vistas oprimido por un cansancio de siglos—, lucía un delantal con logotipo de farmacia mientras ofrecía mangos picados con sal y limón; otro, con rostro rubicundo de campesino —pero tan flaco que más parecía un penitente—, anunciaba algodones de azúcar de colores terrosos; una mestiza desdentada, limpia y sonriente, ofertaba paletas sin ninguna marca de fábrica; un hombre con la corona calva y la nuca selvosa sostenía un macizo de globos de helio que amenazaba con arrastrarlo; un viejecito con voz inaudible ponía a consideración de todos un surtido de medallitas sacras y de la suerte, con algún escudo del DIM entreverado entre el brillo opaco de tanta lata; y, como si esto fuera poco, todavía tuve tiempo para observar las maromas que, para vender velones entre los grupos que se adelantaban a la procesión, hacía un jayán que meses atrás había conocido como taxista en un automóvil arrogante. Todos a una conformaban una suerte de humanidad marchita, pero, por la misma extremidad de su subsistencia, por la misma justeza de su respiración, eran lo más distante de esa humanidad de la que yo quería huir, y que —científica, acicalada e indolente— a esas horas andaría leyendo con fruición a Jacques Derrida o estaría muy ufana pronunciando palabras esdrújulas ante un auditorio igualmente infatuado.

Cuando menos lo pensamos, la Virgen del Carmen, en sus andas floridas, remontó la última rampa de la carrera Ecuador y se aprestó a surcar la meseta que la separaba de la iglesia. Una banda de mariachis dejó escapar su música aventurera en ese mismo instante, mientras desde un balcón bañaban a la santa matrona con serpentinas y papel picado. Sin duda estimulada por el nítido ambiente de fiesta, mi hija activó su sex-

sentido para descubrir que, bajo el escenario improvisado para la misa campal, se extendía la valla de uno de los patrocinadores del sacro evento: “Ron Medellín Añejo. ¡Libera tu espíritu!”. Sin embargo, la gente pasaba bajo el profano aviso como si tal cosa: como si se tratara de una consigna devota o, mejor, de la más convencional entre las cosas de la Creación. Todo mundo iba de aquí para allá con sosiego, permitiéndose el único exceso de saludar, con sobrio entusiasmo, a la virgen. Era yo quien, acaso por los patéticos arrechuchos estructuralistas con que ya había contagiado a mi hija, pretendía denunciar un desarreglo inconveniente en la reunión de los signos.

Volví al mundo nuevamente gracias a la advertencia que una matrona bíblica, tocada con un velo blanco, me hizo a propósito de la caída de mi billetera al suelo. Era inimaginable tanta honradez o, mejor, justo era lo más imaginable en semejante Edén social. Tocado por la gracia de la compostura, dejé a un lado no solo mis cuitas personales sino el patético afán de representarme el rito como si se tratara de una caricatura plagada de monstruos. A cambio, sentí que me sumía en la felicidad pedestre y gratuita del pueblo legítimo, con inclusión de mis hijos, colegiales e inocentes. Sabedor de que, allí, la única realidad era la naturalidad, me entregué a la tarea de ver cómo mis vecinas en flor agitaban la bandera blanca y marrón de los carmelitas; cómo mi hijo —el benjamín de casa— veía pasar las andas de la patrona como si se tratara del tránsito rutinario de un astro; cómo, desde el puente de la carrera 47, los buseros saludaban con la bocina mientras esperaban, con tranquilidad filosófica, el fin del taco vehicular; cómo, en fin, los viejos se agolpaban en el andén entre macizos de quincañeras, sin asomo de avidedes lúbricas. Tanto me arrojaron los ritmos vegetales del tumulto que sólo muy tarde advertí que la doña del Carmen había pasado ante nosotros, y sin que yo reparara en ella. Tuve que apelar al recuerdo icónico —a mi archivo de retazos costumbristas— para entablar con mis hijos la conversación de rigor:

—¿Sí la vieron? Lo que tiene de distinto son los escapularios que ella y el niño llevan en las manos.

Ellos apenas me miraron, extrañados por la innecesaria lección: ya habían tenido tiempo de pasar revista a la imagen de la virgen en el improvisado bazar del portón de la iglesia. Desde el principio se habían instalado en el rito, sin fantasmas ni contriciones intelectuales por vencer, y ahora, de vuelta a la casa, se permitían ser herejes otra vez, con la conciencia tranquila. Era a mí a quien le quedaba el calvario de la epifanía: sólo yo debía regresar al mundo de los muertos. ☐



Ebrio caminé por el bosque hasta  
llegar al riachuelo  
Llene el cuenco de agua  
se salieron todas las estrellas.

Gustavo Adolfo Garcés

Porque el futuro es confiar



www.confia.coop

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE  
PRESENTA DESDE PORTUGAL

# MARIA DE MEDEIROS

EN CONCIERTO

Fecha: Lunes 13 de agosto  
Hora: 8:00 p.m.

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE

Informes: 239 7500

\*2 Álbumes discográficos  
\*Artista por la paz de la UNESCO  
\*59 Películas





## Buscando los calzoncitos de Mademoiselle Toní

por PABLO CUARTAS

Fotografías: Ana Salas

*Preparen las músicas; compongan los himnos, para que celebremos el gran sacrificio, el de los calzoncitos de Toní*

**Fernando González**

Fui a Medellín, y me devolví para Marsella, porque se me apareció Fernando González en el Matacandelas y me dijo: “si alguna vez lector viajas a Francia, pasa por Marsella, sube a la Canebière, hacia la iglesia San Vicente de Paúl, no dejes de girar a la derecha por la calle Sénac. A pocos pasos, unos quince o veinte, encontrarás el Hotel Esfinge...”. Pero no llegué a Marsella caminando, anotando lo que pensaba en el camino, haciendo el viaje que ameritaba, en forma de home-naje, el Brujo de Otraparte. No pasé noches en vela en pensiones austeras, pensando en el significado del hombre gordo antioqueño, ni tuve la certeza de que soy táctil, ni entendí en la travesía que el nombre mejor para nuestro siglo es este: el siglo del hombre que hace fortuna. Tampoco viajé de noche, triste, atormentado por la idea de la muerte. No paré en pueblos ni reparé en cementerios desolados. Ni siquiera medité sobre el pecado, ni discurrí a caballo por caminos ni montañas, filosofando en voz alta, evocando exaltado la belleza suramericana. Ningún don Benjamín, ninguna doña Pilar. Al mar no llegué, como el maestro, tras el viaje a pie: llegué en un tren que salió de París temprano en la mañana y cuando me bajé lo vi al fondo, lejos, en el horizonte: el horizonte era su luminosa raya azul. Lo encontré calmo y sumiso ante el cerro donde se levanta la iglesia de Nuestra Señora de la Guarda, coronada por una virgen dorada que reluce de día por el sol y de noche por la luz de inmensos fanales que la alumbran para que este puerto lujurioso no olvide a su patrona. Y vine no por sentirme un filó-

sofo aficionado, o esperando alcanzar por fin la Intimidad, ni para definir mi clima interior, sino entusiasmado por un propósito más humilde: ver para dónde se traía el maestro a ese “poderoso animal”, a esa “mujer demasiada”, a esa al-saciana “en rijo” que envileció las búsquedas místicas del filósofo, excitó la prosa del escritor y alimentó las humoradas de Monsieur González, cónsul de la Colombia. Vine buscando los calzoncitos de Mademoiselle Toní.

Sin tiempo que perder, bajé de la estación por una calle hacia ninguna parte. Miraba la luz, la luz mediterránea, y me preguntaba cómo hizo el maestro para mantener oculto su secreto con Toní. ¡Qué luz! ¡Y qué secreto! Sentía que bajo este cielo nada se podía esconder. Pero sí se puede, sí se pudo. Me di a preguntarles a unos árabes cómo llegar al Puerto Viejo, donde me esperaban, y cuando me dijeron que bajara a la Canebière me imaginé al maestro subiendo y bajando por la misma calle, yendo y viniendo del hotel donde Toní dejó olvidados los calzoncitos. Ella tenía entonces diecinueve años, diecinueve años menos que el maestro. Había llegado como institutriz de sus hijos, llevaba meses viviendo en su casa con ellos, su esposa y su gata Salomé, y en la tórrida primavera marselesa le había deslizado un papelito con unas siglas inequívocas: JVA, “je vous aime”. Lo demás se quedó escondido para siempre, al abrigo del sol impúdico, en el cuarto con vista al jardín del Hotel Esfinge.

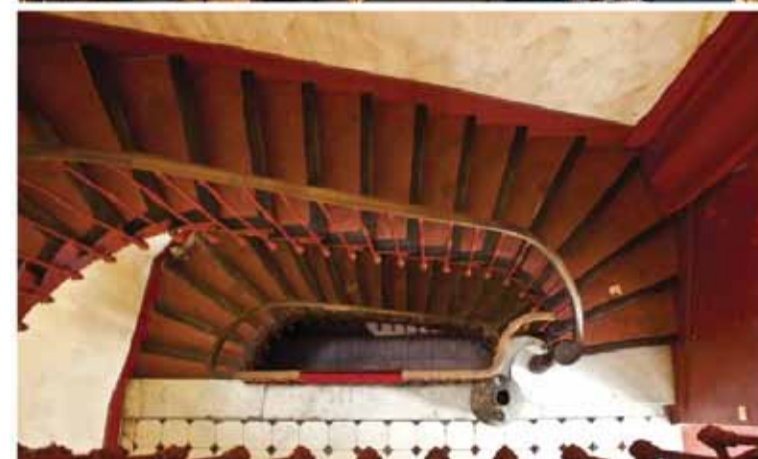
Les ahorro la descripción del Puerto Viejo. Y la del barrio contiguo de callejuelas misteriosas. Les aclaro solamente que lo de “viejo” es un decir. Viejo será el lugar, el espacio, la entrada de mar. Porque el puerto que vio el maestro, del que debió zarpar hacia Colombia, desapareció por los años cuarenta: lo volaron con dinamita los alemanes. De Ita-

lia lo habían sacado los esbirros de Mussolini, pero cuando llegaron los de Hitler a Marsella, arrasando con todo, el maestro ya se había embarcado para Barcelona. Se fue definitivamente en 1934, dejando virgen a Toní y a Francia acechada por los nazis. Recuerdo que era sábado cuando llegué al Puerto Viejo, a lo que queda. Era el mediodía y les puedo jurar, señores lectores, que al acercarme vi lo que paso a enumerar: “restaurantes afamados por *La Boullabaise*, cafés y comercios populosos donde se comen todos los mariscos, desde pulpos hasta caracoles. Exhibidas sobre tendidos de verdes algas, las ilustres ostras portuguesas, osos, almejas, babosas... Viejas gordas y habladoras abren las conchas con pedazos de cuchillos; mozas de carnes abundantes sirven los platos con olor a esencia marina”. En medio del calor y la algarabía de los vendedores me alcanzaron a decir cómo llegar al 70 de la rue Sainte, la calle santa donde me seguían esperando.

Dejé mi maleta y salimos. Pero qué, cuál maleta. Eso suena como a gran cosa y no, lo mío es andar ligero de equipaje. Dejé lo poquísimo que llevaba, cogí *El remordimiento* y volvimos al Puerto buscando la Canebière que ahí termina. Íbamos como remontando un río desde su desembocadura, siguiendo las indicaciones del maestro, reviviendo los afanes que debía de sentir por el camino. Así, como peregrinos por la Canebière, atravesamos calles afluentes sin desviarnos un palmo de su cauce, el que conduce a la calle Sénac, la del Hotel Esfinge, el de los calzoncitos de Toní. Atrás quedaron la calle Beauvau y la plaza del General De Gaulle. Atrás el Museo de la Marina y la rue Albert 1er. Atrás incluso la calle Paraíso, que tan importante fue para el maestro, pues ahí está la iglesia de San José, el esposo beato de María, la del papelito de Toní: “Vengo a ofrecer-

te este papelito... a cambio de esto Señor, dame conocimiento”. Cuando leímos la inscripción en lo alto de la fachada, entendimos que no había mejor lugar en el mundo para venir a ofrecer ese sacrificio: *In honorem Sancti Joseph sponsi beatae Mariae Virginis* (En honor a San José, esposo de la Santa Virgen María). En pleno atrio, y a propósito de sacrificios, nos acordamos de Fernando Vallejo cuando dice: “Es mi opinión que los santos se hacen santos a fuerza de remordimiento”. ¡Claro! Esa es la mía también. Y para remordimientos el de don Fernando González: “En Envidado tengo un remordimiento de no haberme acostado con Toní, que me está matando”. Se lo propongo entonces a su tocayo para el santoral, ahora que le dio la canonizadora.

Seguimos anhelantes, a contracorriente de la Canebière. El sol buscaba hundirse por detrás del Castillo de If al atardecer, y Marsella parecía a esa hora una inmensa ruina devorada por los años y el salitre. En los puertos todo huele a mar aunque el mar esté lejos. Allí estaba la casa del maestro, frente al mar, al otro lado de la ciudad, junto al parque Borely, a orillas del río Huveaune. Era la amplia casa de dos pisos en que Toní perturbaba al maestro bajando las escalas de tres en tres. Era la sede consular en cuyos jardines acontecieron los agitados calores de la gata Salomé, sus es-carceos con el gato Rousseau, tan parecidos a los de don Fernando con Toní. Era la casa en que el cónsul entraba a hurtadillas al cuarto de la institutriz, olía sus ropitas y se media en su cama “para ver cómo quedaba uno allí”. En esa casa, cierta Nochebuena, Toní pidió con fervor “un marido como Monsieur González”. Cuando no estaba escribiendo o rezando en esa casa, el maestro erraba por Marsella atisbando, meditando, estando ocioso, pero también huyendo de la tentación. Claro que también huía de la



casa para reencontrar la tentación lejos, donde fuera menos imposible, en aquellas citas del Hotel Esfinge en que Toní decía “mil veces no” pero entraba “como los alemanes a Bélgica”.

Entonces llegamos a la calle Sénac. Seguimos de largo la primera vez porque nos confundió el nombre: se llama “rue Sénac de Meilhan”, y hace honor a un político dizque adepto de Voltaire. Volvimos a la esquina y empezamos a contar los quince o veinte pasos que decía el maestro. Estrecha, aunque no tanto como las aledañas al puerto, la Sénac es una calle de putas viejas y ariscas que se las saben todas. Se pasan las eternas tardes del Mediterráneo sentadas en los quicios de las ventanas, fumando y esperando, hablando a los gritos con otras asomadas en los balcones. Los edificios están corroídos por el viento de mar y en los marcos de las ventanas altas hay ropa, toallas, sábanas colgadas. En todas, menos en la del Hotel Esfinge.

Como mirábamos y mirábamos desde afuera, salió un señor discreto y nos invitó a entrar. Medio le contamos la historia de un escritor colombiano que se venía para acá con una muchacha a darle muchos consejos espirituales. “Ya no se llama Esfinge pero este es”. Nos invitó al jardín a tomar café y se puso a contarnos lo del cambio de nombre. Que era un hotel muy viejo, que era el mejor que quedaba en la calle Sénac y que en ese momento, sin embargo, estaba completamente vacío. También dijo que los cuartos habían sufrido ciertos cambios. “¿Cuáles?”, le pregunté, y nos dijo que si queríamos ver alguno. “Sí, el del primer piso con vista al jardín”. “Vengan conmigo”.

Dejamos el café servido y subimos palpitantes por una escalera de madera crujiente. El calor seguía poderoso en ese punto de la tarde. Nos mirábamos risueños tras el hombre discreto como diciéndonos: “en el cuarto te voy a decir

un secreto”. Se abrió la puerta y lo vimos por fin: la ventana, la cama, la chimenea, el baño diminuto. Abrimos la ventana y entró una bocanada fresca. Vimos las tasas a medias en la mesita del jardín, los solares casi tropicales de las casas vecinas, la fuente con la esfinge de león que desde los tiempos del maestro adorna el patio del hotel. En esas estábamos cuando el señor discreto nos dijo: “búsquenme abajo si necesitan algo”. Y salió.

Solos en el cuarto, en el hotel, en Marsella, nos pusimos a recordar los jaleos del maestro con Toní. El calor se volvió más abrasivo. Empecé con la blusa, azul y humedecida, que le quité por el cuello de un solo jalón. Seguí con el brasier ligero que cedí al primer intento, se cayó solo y me mostró la doble misericordia de Dios. Después llegué a la falda, ya sin nada qué perder, y cuando también se vino abajo, entre un espasmo y otro, empezamos a darnos muchos y muy preciosos consejos espirituales. Fueron consejos rítmicos, cadenciosos, firmes pero suaves, impetuosos y delicados. Y nos oímos, nos oímos mucho porque amar es oler: olemos todo lo que amamos. Me dijo mil veces que no lo hiciera y mil veces me incitó a seguir haciéndolo. Que entonces en la cama no, que sería imposible rehacerla igual, que mejor en el piso. Pues al piso fuimos a dar. Las tablas crujían al ritmo de los consejos como la escalera al de los pasos. Sabíamos que desde abajo se escuchaba el ruido de la visita, y sin embargo nadie subió en esos minutos que parecieron horas. Al final escuché otra vez aquello de “dónde están mis calzoncitos” (*où sont mes petites culottes*) y agitados todavía por lo vivído del recuerdo, bajamos donde el señor discreto acomodándonos la ropa como pudimos. Nos despedimos de él agradecidos y salimos a desandar el camino en el lento crepúsculo marselés.

Maestro: Entre las tantas cosas que se han hecho con usted, que va de boca en boca de expresidentes, rectores, muchachas, profesores, actores y poetas, han intentado hasta robarse su cadáver. ¿Se imagina? ¡Unos marihuaneos de Envidado lo querían exhumar! Menos mal que la traba apenas les dio para sacar el cráneo, y que entre los aprendices de sepulturero había un pariente suyo que se lo devolvió a la familia. Cuentan que lo pusieron de adorno encima de un armario, como si fuera un santo de yeso. Veinte años antes, Jean-Paul Sartre, otro canonizador (el que canonizó a Jean Genet) había propuesto su nombre para el Nobel, pero los políticos colombianos se opusieron a la postulación y la truncaron. Otros dicen que usted “usó para pensarlos el dialecto que hablamos”, que era “un alpargatado filósofo viajero”, “un escritor imprescindible”, “un hombre implícito”, un “místico”. Como ve, dicen y hacen muchas cosas que usted a lo mejor no pidió. Pero que yo sepa nadie, nadie se había tomado el trabajo de cumplir este deseo tan sencillo: “Si fuere por allá el lector, pregunte si encontraron *les culottes* de Mademoiselle (los calzoncitos de la señorita) que se nos quedaron olvidados sobre la chimenea”. Pues sepa maestro que por allí estuve, y que en lugar de ponerme a preguntarle los busqué yo mismo. Y le quiero decir que los calzoncitos sí estaban encima de la chimenea, donde los dejaron olvidados por salir de afán. Aquí los tengo. Cuando vuelva a Otraparte se los entrego. ☪



## PAULICÍA DESVAIRADA (1)

Conocí en Sao Paulo a una muchacha, estudiante de periodismo, fresca y vivaz y bonita, como tantas brasileras, cariocas o no. Se llamaba Elaine, y era una paulista de tiempo completo; una vez me comentó, sin dar mucha importancia al asunto, que nunca había visto una vaca; las conocía, claro, gracias a la ayuda de películas, fotos, láminas o pinturas. Pero jamás se había topado frente a frente con una.

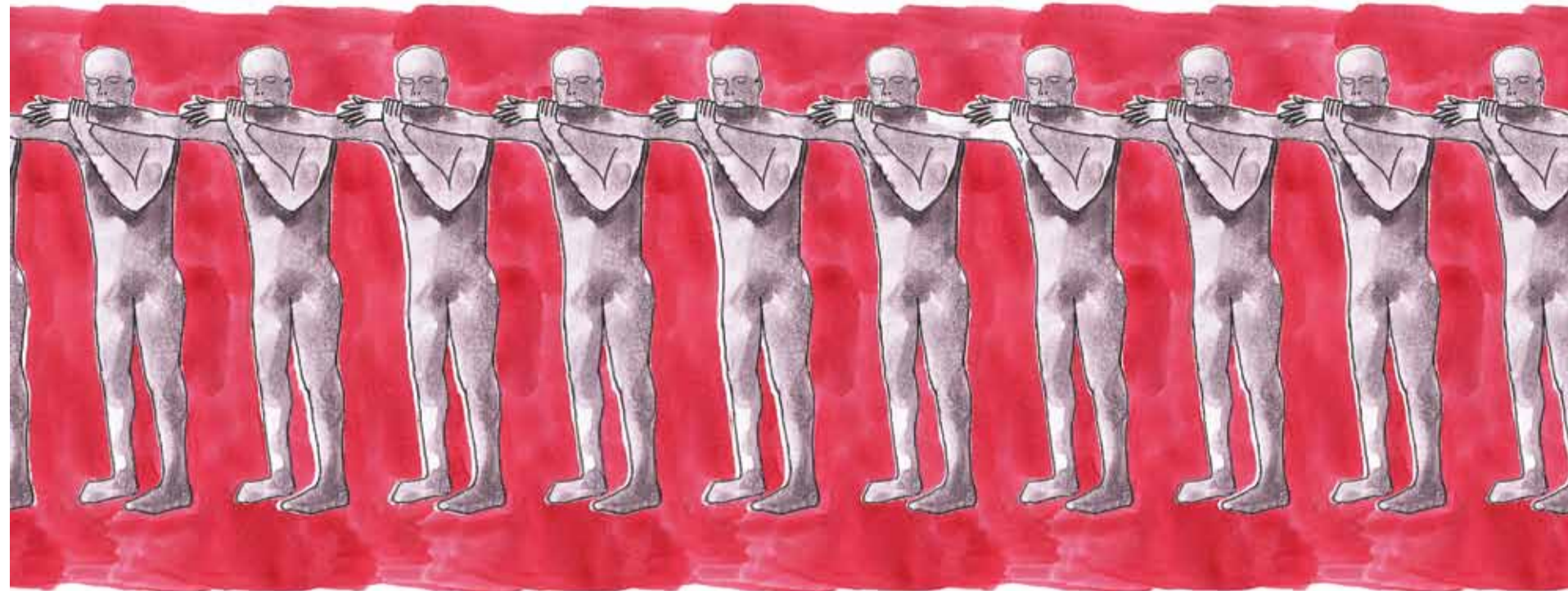
Pasado el primer asombro, me incliné a justificarla, porque recordé mis escasas visitas a la terraza del edificio Italia, uno de los más altos de esa “urbe infinita”, donde hay un restaurante, visita obligada de turistas. Desde sus amplios ventanales, divisa el observador una intrincada selva de concreto, vidrio, acero y niebla, donde la vista se pierde sin hallar límite alguno. Una selva que, aparte de abrumar, contiene y colma, *ad infinitum*, todas las necesidades humanas: ofrece templos, museos, universidades, librerías, puestos de revistas, *shoppingcenters* y tiendas de barrio, cines, teatros, restaurantes para todo bolsillo, burdeles, *pornoshops*, moteles, hoteles, variados parques, enormes, medianos y pequeños; incluso uno o dos parques zoológicos, ricos de faunas: leones, tigres, jaguares, gorilas, caimanes y co-codrilos, serpientes, pero nunca vacas. Y, por último, el Museo de Historia Natural, donde sí las hay.

### CODA

Han convertido en símbolos de paz a las palomas, gallinas presuntuosas inventadas por Picasso y Belisario. Este cronista votaría por las vacas (“la dulcísima vaca”, dice en alguna parte García Lorca), con sus grandes ojos llenos de asombro, con sus cuernos inútiles. Como segunda opción, las lagartijas, criaturas bendecidas por el silencio.

(1). Algo así como *Sao Paulo delirante*; título de un libro de poemas de Mario de Andrade, gran escritor venido de la provincia, y quien, ya en 1922, supo ver lo que se le venía encima. ☪





## Un cuerpo humano en el menú

por NICOLÁS LOAIZA DÍAZ

Ilustración: Jorge Rodríguez

*Antropófagos feroces que en el medio de la noche no dejan pasar un coche sin tratarlo de asaltar.*

Piero. Los indios pirulines

La noticia reciente de un hombre que fue atrapado mientras se comía a un indigente en una autopista de Estados Unidos —tenía un ojo en la boca cuando lo cogieron—, junto a la de un chef que se define como asexual y subastó su pene y testículos para cocinárselos al mejor postor, se sumarán a la notoriedad de Armin Meiwes —el *Canibal de Rotemburgo*—, quien en 2001 mató y se comió a una víctima voluntaria que encontró a través de Internet. El canibalismo sacude las vísceras de muchos con solo mencionarlo, aunque cuando sucede, sacude más las del comido, o las del comensal, depende de la calidad de la vianda.

La antropofagia ha sido ampliamente debatida desde diversos puntos de vista: morales, éticos, sociales, antropológicos. Dentro de la Antropología ha sido un asunto de constante debate y tanto quienes investigan las sociedades actuales —antropólogos sociales— como las pretéritas —arqueólogos— han participado en la discusión. Al parecer, para la sociedad occidental y judeo-cristiana, la antropofagia solo es permitida cuando se come un hojaldré y se toman un vino que, simbólicamente, han sido designados como el “cuerpo” y la “sangre” de un señor que supuestamente murió por todos nosotros hace unos dos mil años. Para Occidente, el canibalismo es un tabú convertido en hostia.

Es común que cuando un científico presenta cualquier tipo de evidencias de canibalismo en sociedades no occidentales, una avalancha de críticas le caigan encima, normalmente con el argumento de que está demeritando la riqueza cultural del otro. Esta es una postura típica de muchos antropólogos e indigenistas cuando se pone en duda la idea del *buen salvaje*.

Existen muchos ejemplos de grupos humanos independientes que practican o practicaron el canibalismo como rito y costumbre; es decir, que consumieron carne humana por razones diferentes a una urgencia vital, contrario a los escasos ejemplos que existen en las sociedades que aborrecen la antropofagia: los rugbistas uruguayos en Chile o el *Donner Party* en Estados Unidos, por ejemplo. Los detractores del canibalismo consideran cualquier ejemplo de “segunda mano” como no válido y se amparan en el argumento de que los datos pro-canibal están sesgados por el *occidentalismo*.

Vale la pena que, con ejemplos, muestre experiencias de canibalismo como costumbre y lo haré con dos casos: uno de una sociedad actual y otro de una sociedad del pasado. Intentaré así mostrar un pequeño ejemplo de la gama tan variable de comportamientos humanos que puede sorprendernos a nosotros, por extrañas, pero que lo mismo sucede a otros con nuestros comportamientos comunes.

Kuru es un tipo de encefalopatía, una enfermedad degenerativa cerebral incurable. La palabra se deriva de un vocablo en lengua Fore que significa “temblor”. Esta enfermedad se transmite por un agente infeccioso llamado prion, que es una proteína desmenuada y no está catalogada ni como virus ni bacteria ni hongo ni parásito. El período de incubación de esta enfermedad es muy largo, aproximadamente 30 años, y es mortal en un corto período de tiempo luego de que se da el desarrollo del patógeno. Por mucho tiempo se pensó que la enfermedad era hereditaria porque tenía alta incidencia en miembros de la familia. En 1957 un médico de apellido Gajdusek y su equipo de trabajo comenzaron a investigar la enfermedad y demostraron que no era hereditaria, sino infecciosa, lo que les valió el premio Nobel de Fisiología en 1976. Dado que la enfermedad es infecciosa, se buscaron alternativas para hallar la causa de la incidencia

en líneas familiares. En 1961, el médico Michael Alpers y la antropóloga Shirley Lindenbaum, empezaron trabajo de campo con los Fore y se dieron cuenta de que sus prácticas funerarias incluían el endocanibalismo: los familiares se comían al occiso. En particular ingerían las vísceras, y el cerebro que alberga el prion causante del kuru. La mayor epidemia de kuru ocurrió a principios del siglo XX y se extendió rápidamente

El canibalismo sacude las vísceras de muchos con solo mencionarlo, aunque cuando sucede, sacude más las del comido, o las del comensal, depende de la calidad de la vianda.

En noviembre del 2000, un grupo de científicos de la Universidad de Colorado, liderado por Richard Marlar, publicó en la revista *Nature* un artículo que defendía la postura de que en el suroeste de Norteamérica se practicó el canibalismo hacia el 1150 dC. Antes de la descripción de este caso, muchos otros habían sido documentados arqueológicamente y había evidencias de desmembramiento de cuerpos humanos y cocción; pero estas tesis siempre habían sido descartadas por los detractores, argumentando que podía tratarse de prácticas mágico religiosas o de desmembramiento post-mortem para entierros secundarios, que las evidencias no indicaban necesariamente antropofagia.

Aquí es donde el caso presentado por Marlar hizo la diferencia. En el sitio

se encontraron en una vasija y en heces humanas residuos que contenían mioglobina (una proteína que está confinada al corazón y al músculo esquelético), identificada inequívocamente como humana. Podría argumentarse en contra de este hallazgo que se trata de casos de personas con sangrado intestinal y por esto la mioglobina. Sin embargo, Marlar y sus colegas mostraron que en otras heces encontradas en otros sitios de la región no había mioglobina y que estudios actuales de personas con sangrado intestinal tampoco hay presencia de la proteína, concluyendo que es necesario ingerirla para defecarla. La explicación más sencilla nos indica que allí se practicó la antropofagia. Es el principio de parsimonia como lo define Dawkins: si usted ve un vehículo en movimiento puede plantearse dos hipótesis: se mueve con energía psicoquímica o se mueve con gasolina. Pero si huele a gasolina, tiene tanque de gasolina y motor de gasolina, lo más probable es que se mueva con gasolina.

La diversidad de comportamientos humanos puede sorprendernos y hasta escandalizarnos. Las experiencias de cada sociedad en su entorno tienden a resultados que, a los ojos de otros, pueden resultar aberrantes, pero que para los propios tienen una lógica interna. Nuestros antropófagos podrán parecernos aborrecidos, pero si yo no canibaleo siendo Fore o siendo un indígena del suroeste norteamericano de hace mil años, quizás hubieran sido mis vísceras las que hubieran terminado rueltas en el picnic. ☪

# Sofía y el TERCO

Gustavo Angarita Carmen Maura

*La rutina te espera todos los días, los sueños no.*

**En cines desde el 3 de Agosto**

CONSTANZA DUQUE JAIR ROMERO CARLOS MANUEL VESGA JULIÁN ARANGO CAROLINA LÓPEZ EVA MARÍA GONZÁLEZ  
 PRODUCCIÓN POR FALDITA FILMS Y MEDIANETWORKS CON EL APOYO DE FDC, RCN CINE & E-NOVVA GUION Y DIRECCIÓN ANDRÉS BURGOS  
 DIRECTOR ASISTENTE/EDICIÓN OFF LINE HERNANDO SIERRA FOTOGRAFÍA MANUEL CASTAÑEDA ADFC DISEÑO SONORO EDGAR LOSTAUNAU MEZCLA DE SONIDO DIEGO GAT ARTE Y ESCENOGRAFÍA ÁNGELA BRAVO JEFE DE PRODUCCIÓN CAROLINA APONTE MONTAJE ALEJANDRO ZULIAGA POST-PRODUCCIÓN RCN CINE LABORATORIO NEW ART MEXICO MÚSICA JAVIER VILLAR SUPERVISIÓN DE AUDIO ALEJANDRO GÓMEZ UPEGUI PRODUCCIÓN EJECUTIVA JULIÁN GIRALDO, CAROLINA ANGARITA Y FELIPE ARDILA PRODUCTORA DELEGADA MARGARITA MORALES MACEDO S. R. PRODUCCIÓN GENERAL Y CASTING CAROLINA ARANGO AMAYA Y CRISTINA VILLAR ROSA.

ESPECTACULARES PLAYAS!!!

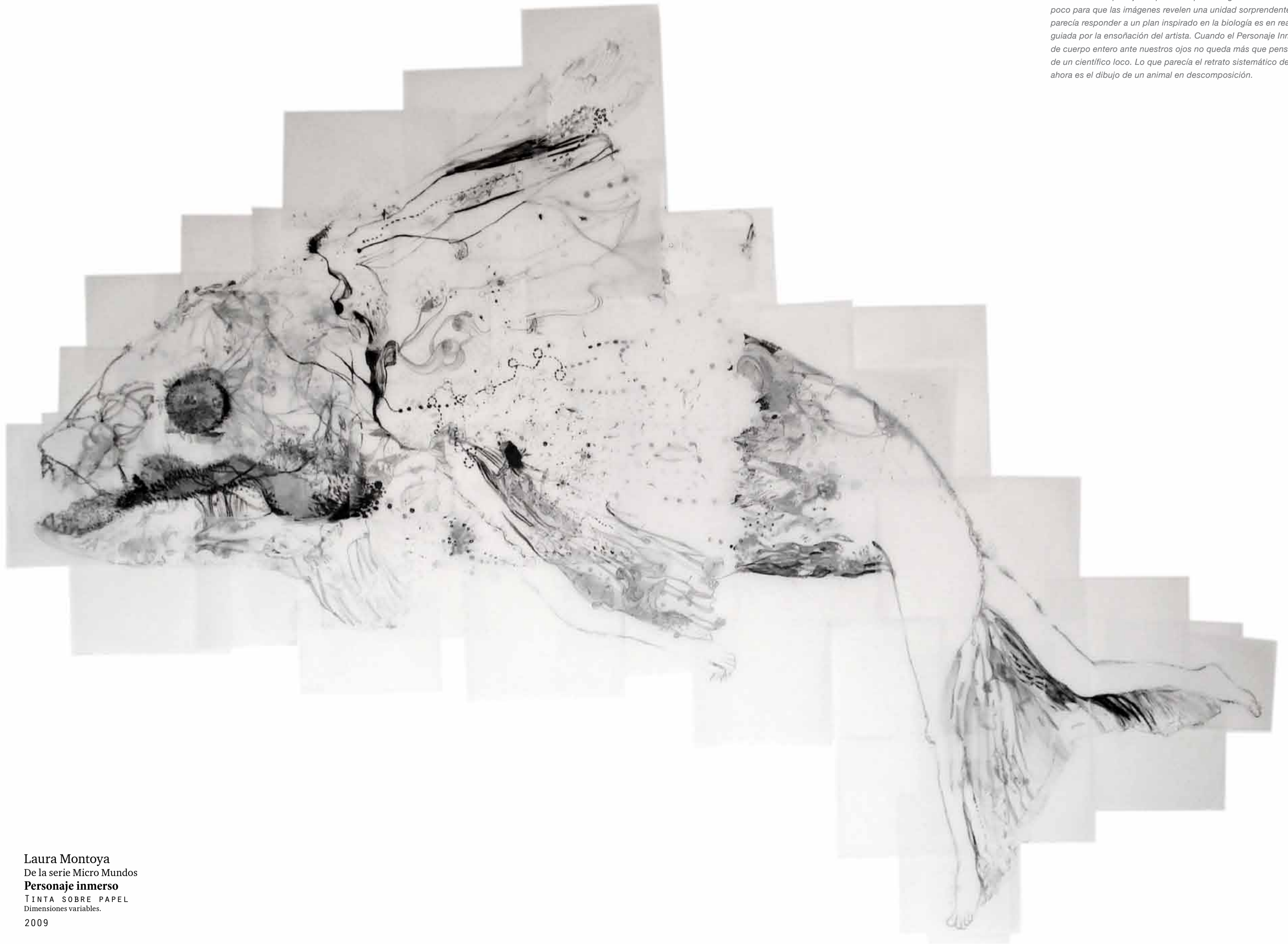
PLAYA BRISA MAR

TEMPORADA DE DESCUENTOS!!!!

3168767422



*Cada uno de los dibujos que forman la obra de Laura Montoya podría ser parte de un delicado proceso de disección. Las manchas, las líneas arbitrarias, la tinta que se expande siguiendo la lógica de los microorganismos, recuerdan esos paisajes imposibles que entrega la ciencia. Basta alejarse un poco para que las imágenes revelen una unidad sorprendente. Aquello que parecía responder a un plan inspirado en la biología es en realidad una figura guiada por la ensoñación del artista. Cuando el Personaje Inmerso aparece de cuerpo entero ante nuestros ojos no queda más que pensar en la broma de un científico loco. Lo que parecía el retrato sistemático de un ser vivo ahora es el dibujo de un animal en descomposición.*



Laura Montoya  
De la serie Micro Mundos  
**Personaje inmerso**  
TINTA SOBRE PAPEL  
Dimensiones variables.  
2009





La experiencia como clientes es bien conocida, ¿Pero cómo funciona un motel por dentro?

# Mitos de motel

por ANDRÉS DELGADO

Después de la rumba, a las dos de la mañana, Carlos y Claudia decidieron amanecer en la pieza de un motel donde los espejos fueron los juguetes preferidos durante la faena. Al día siguiente pagaron y los dos a lo suyo. Meses después alquilaron una película para adultos en un sitio especializado en videos de amateurs. La sorpresa cuando descubrieron que los espléndidos actores de la cinta, digna de una producción triple XXX, jeran ellos mismos!, pescados in fraganti por cámaras colocadas en espejos de doble cara durante su más reciente incursión moteler. Ahora bien, esto nunca hubiera sucedido en el motel Motivos, autopista sur a 16 kilómetros de Medellín.

## La bolsa roja en la canastilla de la basura

Me detengo en la entrada, estiro el cuello por la ventanilla del carro y hablo con el altoparlante empotrado en la columna. Esperar a la entrada de un motel causa ansiedad y a veces pánico. Nunca será un evento cualquiera a menos que vengas a trabajar. Digo que me esperan en las oficinas y me abren las puertas metálicas.

Ahora estoy sentado en una sala con poltronas blancas y florero amarillo. Me recibe Alejandra Galeano, administradora del motel y encargada de darme un recorrido. La idea es mostrarme el funcionamiento del negocio. Comenzamos en La Recepción, que no es un hall con

azafata sonriente detrás de la barra sino un mini mercado con estanterías atiborradas de productos del bar, atendido por una señora con gorro hospitalario, delantal rojo y chancas. Desde la recepción se despacha lo que pide el cliente por teléfono cuando está encerrado en la piñata. “Nunca vemos su rostro —dice Alejandra—, son anónimos, lo reconocemos por el número de la cabaña o las placas del carro”. En el escritorio de la recepción hay dos paneles de control: botones rojos y bombillos diminutos. Uno para las puertas de los garajes y otro para los jacuzzi. Los pedidos pueden variar desde un jugo en agua y el encendido y apagado del baño turco, hasta el pago del servicio y el permiso de salida. Esta señora con gorro es la responsable de aquella cruel llamada que por obligación termina con “...pero si desea puede pagar una hora extra.”

En una encuesta rápida entre amigos y conocidos quedó claro lo malo de los moteles costosos: “la cursilería y los pétalos de rosa”. “La mayoría queda lejos y si dan ganas porque hay traguitos no se puede manejar y en taxi sale carísimo”. “Las bolsas rojas de las canastillas de la basura”. “Hacer fila”. En los baratos no gusta “el rollo de papel higiénico a medio usar en la mesa de noche y la señora en chancas que golpea la puerta cuando se pasa el tiempo”. Lo bueno: “la clandestinidad”. “Uno sabe a lo que va”. “Se puede gritar y mejor si la nena vecina también grita”. “No se recoge el vecino igual si antes hace gárgaras con por si se le olvidaron”. “Tocar todo, abrir

cajones, puertas, prender y apagar, preguntarle cómo funciona”. “El *strepitose* ayudado por el juego de luces”. “Las chancas desechables”.

## Moteliar los martes en la tarde

Ahora estamos al frente de una cama doble impecable y recuerdo la gozosa sensación de encierro en un motel. Pero esto es más inquietante acompañado por Alejandra. A un lado de la cama está la Silla del Amor: una araña con patas metálicas y cojines negros para las parejas que se entretienen calculando ángulos y funciones trigonométricas. El valor es de \$70.300 y la hora adicional por \$13.100, siendo una de las 48 cabañas de menor costo. En el catálogo se precisa: “el servicio es por seis horas”. Me agacho y compruebo un pálpito: el colchón está apoyado sobre vigas de concreto. Claro: en los moteles no hay cama convencional que resista. Le voy a sugerir a la vecina del tercer piso que cambie la madera y las tercercas por el cemento y las vigas de hierro. Así todos estaremos más tranquilos.

En Motivos nunca se venderá una goma de mascar, por cuestiones de aseó en las paredes, pisos y sábanas. Pero si quiere frescura encontrará confites Halls. La sensación mentolada en la boca es considerada un juguete para el sexo oral. Quien lo recibe sentirá la frescura del polo Ártico. El asunto funciona igual si antes hace gárgaras con un enjuague bucal o se chupa un hielo.

Tampoco es permitido el ingreso a menores de edad o la entrada a una sola persona. ¿Y si un cliente quiere esperar a su pareja en la cabaña? Igual, no se permite. ¿Y por qué? Ahora vamos por otra habitación.

Además de las 48 sencillas —todas ellas con baño turco y jacuzzi—, el motel cuenta con 21 cabañas especiales, tres suites, dos dobles para cuatro personas y una super-especial, para un total de 75 cabañas que no dan abasto durante el día del amor y amistad. Otro mito de motel dice que el horario más vendido en semana es de doce a dos, cuando los empleados almuerzan y tienen excusa para no contestar el celular. Pero no es así. La mayor ocupación durante los fines de semana demuestra que el sexo es una actividad para el tiempo libre. Alfredo, un amigo putañero, tiene razón: “es un lujo moteliar los martes en la tarde”.

## Compromiso con mariachi

Cuando Mariana entró a la suite con Manuel, lo primero que vio en la cama blanca fue un cojín rojo en forma de corazón y los anillos brillantes de compromiso. Se llevó las manos a la boca abierta, sin saber qué hacer, y un segundo más tarde entró un mariachi cantando “qué bonitos ojos tienes”. Los sombreros con pistolas y guitarras cantaban “Malagueña salerosa” mientras miraban por el raballo del ojo el jacuzzi y la Silla del Amor y Mariana se cogía las manos y sonreía con pudor.



Está comprobado que las mujeres son más atentas. De cada diez reservas, ocho son pagadas por ellas, “aclarando que cuando es un hombre la cosa es más especial —dice Alejandra—, como el día del mariachi”. Carraspeo. En las reservas se pueden adicionar los kits con pétalos rojos. Motivos de Pasión está compuesto por botella de champaña y canasta de frutas. Motivos de Placer cuesta \$78.000 y contiene además una torta para dos y la vela para la ocasión. Motivos de Amor viene con candelabro, tabla de jamón y queso y ramo de rosas. Los tres kits incluyen bombas decorativas y guirnaldas. También puede incluir al mago Fernandini o contratar a Fosforito para que le cuente unos chistecitos antes de partir la torta. No es una exageración, la piñata puede incluir el columpio, como los quinceaños: la cabaña 8C está equipada con el *Loft Swing*: el remede de un potro medieval en un calabozo de tortura. Estoy por decirle a Alejandra que se monte al columpio a ver cómo funciona. Pero lo mejor es que lo ensaye yo mismo y ahora me balanceo en esta cosa negra, agarrado como un niño con las dos manos. En otras circunstancias esto debe ser muy divertido.

## Fiesta swinger

Al frente está la piscina fresca y azul. A un lado la sala de verano, el tubo plateado de *stripper*, el equipo de sonido, copas de aguardiente limpias y una barra de mármol con sillas metálicas. Esto es una finca de recreo. En el segundo piso está el baño turco forrado en madera y dos alcobas. Cada una con su jacuzzi y su baño. La tv por cable es *Directivi*, con canal Venus y Playboy. La cabaña 8 es una suite de dos plantas para cuatro personas por \$317.800, y con capacidad para ocho. Cada una de las cuatro adicionales cuesta \$49.000. Otro mito de motel dice que son sucios, pero eso depende de cuánto pague. El precio está en directa proporción con la limpieza.

La ventaja competitiva del motel es su infraestructura. No es fácil encontrar en Medellín quien atienda las más concurridas fiestas *swinger*. “A un cliente hubo que pedirle —dice Alejandra—, que en sus despedidas de soltero no mojara las aleluyas porque estaban manchando las sábanas”. Y me sigue contando: “siete personas se quedaron una semana acá metidos y cada noche rumbeaban con *disc-jockey*”.

Mientras Alejandra soluciona problemas administrativos por su Motorola, rodeo la cama y me voy a las mesitas de noche: una boleta para dos personas por el Salsa Tour 2012. Cada entrada vale veinte mil, pero por este mes las boletas son cortesía del motel, que por lo

general tiene diferentes promociones. Acá está la carta del restaurante: Roast Beef para tres personas: un lomo entero de solomito marinado, terminado a las brasas, por \$76.900. Brownie con helado: \$8.900. Jugo en agua: \$3.500. Chorizo antioqueño a la brasa con limón y arepa: \$6.900. La comelona en un motel es brutal.

En la encuesta con amigos también me dijeron las preguntas más repetidas en un motel: “¿Ese espejo del techo no tiene cámaras?” “¿Nos bañamos o nos vamos así?” “¿Cuánto con jacuzzi?... ¿Y sencilla?... Está bien, dame la sencilla”. “¿Aló? ¿Sí?... No te escucho” “¿Vas a subir la foto a Internet?” “¿Las sábanas estarán limpias?” “¿Huele raro, no?” “¿Amor me esperas?... Es que estoy en una reunión”. “Aún nos quedan diez minutos... ¿Un rapidín?” “Mi amor qué bueno estuvo... ¿Lo puedo twittear?” “¿Y esto para qué se usa?” “¿Y esta botellita de agua la cobran?” “¿Van a desocupar o se quedan otra hora?” “¿Qué tal si hacemos lo mismo del tv?” “¿Trajiste plata?” “¿Así o de ladito?” “¿Dónde aprendiste eso?” “¿Cuándo regresa tu marido?” “¿Que levante la pierna?”.

Ahora voy a la otra mesa de noche. Manual del Kamasutra: un inventario con veintitrés gráficos y descripciones. La mochila, la sorpresa, la marqueta y la libélula son algunas de las alternativas del catálogo que el cliente puede llevarse. También está la carta del minibar: media botella de whisky Old Parr cuesta \$90.000, un Gatorade \$3.500 y unas tangas \$9.700. Una nota pegada con papel transparente: “Cualquier daño ocasionado por el mal uso será cargado a su cuenta”, y una lista de precios: si mancha o quema una toalla le cargan 40 mil y por un juego de cama 120 mil.

## La escena del crimen

Ahora vamos por los pasillos internos, pasadizos transitados por camareeras del aseó y meseros. Esto es un laberinto estrecho pero aseado. Pocetas, interruptores, datáfonos y extintores empotrados en las paredes, donde también hay carteleras con instrucciones de lavado de pieza, rutas de evacuación y mejor empleado del mes. Ningún trabajador puede ver a los clientes. Detrás de bambalinas un motel es como un hospital. Cuatro puentes militares unen la red de pasillos. En el motel trabajan 35 personas entre supervisores, camareeras, porteros, y personal de mantenimiento y lavandería. Pasamos por un lugar oscuro: una estantería con toallas y sábanas recién lavadas, vasos limpios, bolsas rojas, jaboncitos y hojas de eucalipto. Como este mueble con inventario hay otros cinco en todo el laberinto para que

las camareras tengan lo necesario a una mínima distancia.

Durante este recorrido nos acompaña Nicolás Rodríguez, jefe de mantenimiento que me explica cómo funciona el certificado de sanidad para las piscinas. Nicolás, como todo el personal, con radio en mano parece un miliciano de barrio. Más adelante me dice que el motel trabaja con dos calderas para el calentamiento de agua y producción de vapor, plantas purificadoras de agua, tanques de reserva, lavandería e incinerador de basura. Las tuberías que van por el techo del pasillo son de vapor, agua caliente y fría y cableado.

No fue fácil que me dejaran entrar a una cabaña recién dejada. Sábanas corridas, olor a eucalipto, una lata de Smirnoff, dos sobres de condones. Es como entrar a la escena del crimen. Mariela Gómez es la camarera con guantes, tapabocas y gorro quirúrgico encargada de esta cabaña. Está armada con balde, desinfectantes, trapera y trapos. No quiero preguntarle si por casualidad encontró los condones usados. Me confiesa que una vez tuvo que botar un cilindro de madera, un dispensador de pimienta, como los usados en las pizzerías.

El aseó está normalizado. Un sencillo se realiza diariamente y consta de lavar bañeras, sanitarios y lavamanos, drenar jacuzzi, cambiar eucalipto, sellar con cintas esterilizantes. Otro mito dice que lo más cochino es coger un control remoto de un motel. En Motivos este mito no es cierto: dentro del procedimiento del aseó sencillo se pide “limpieza de interruptores y control del tv”. Ahora, no sé cómo funciona el mito con las cartas del restaurante. El aseó general se realiza cada quince días y es más específico que el aseó sencillo. Durante el turno de ocho horas, Mariela hace siete aseos sencillos, es decir una hora y diez por cabaña. O cuatro aseos generales, es decir, dos horas por cabaña. Durante el aseó no puede encender ni el equipo de sonido ni el tv.

Volver como anónimo  
Legamos a la lavandería: dos lavadoras, una con capacidad de 60 y otra de 45 libras, para lavar todo lo que dejan los clientes con detergente, suavizante y desmanchador. Hay tres secadoras de 30 libras y una persona para cada uno de los tres turnos.

El motel se está remodelando y cada que se mejora una pieza aumenta la demanda. Ahora estamos en la cabaña doble para cuatro personas dotada con todos los juguetes, más la Silla Kamasutra: un sofá ergonómico y más popular que la araña de Silla del Amor. Me asomo a la nevera: dos botellas de agua,

dos botellas de aguardiente: tapa azul y tapa roja, una botella de ron, dos Gatorade, un Red bull, tres jugos en caja, tres cervezas Pilsen, cuatro latas de cerveza Redd's, una Ponymalta. Al lado, en el cajón hay una chocolatina Milky Way, papitas de limón, platanitos y salchichas en tarrito Zenú: una lonchera de colegio. También hay peñilla, desodorante, champú, cepillo de dientes. En el lavamanos un secador de pelo marca Oster, dos jabones chiquitos de avena, cada uno pesa diez gramos. Lo que más usan los clientes: el gorro de baño. Lo que nunca se llevan: el jabón chiquito. También hay dos condones marca Vitalis, anillo vibrador por \$12.000, retardante, lubricante, lengua vibradora por \$24.000, huevo para las mujeres: el producto más popular, se llegan a vender cincuenta en un fin de semana. Cada estuche tiene sus instrucciones porque no falta quien incluya en la lubricación íntima una espuma para la bañera.

Con 25 años en el mercado Motivos es un clásico en la ciudad. Se me ocurre un eslogan publicitario: “Quien no conoce el motel Motivos no conoce a Medellín”. Carajo. Mejor seguir como reportero. ¿Los oye gritar? Alejandra habla por el Motorola. ¿Qué es lo más feo que se ha encontrado durante el aseó? ¿Cómo controla las peleas? ¿Es verdad el mito de encontrarse con un conocido en un motel? La administradora me mira con los ojos iluminados pero no me quiere contestar. ¿Por qué se han demorado hasta diez horas en un solo aseó? Lo mejor es que dejemos así la visita y Alejandra me acompaña a las oficinas.

Luego de meterme por las entrañas del motel, tengo dos seguridades: en Motivos no hay cámaras detrás de los espejos. Y tengo que volver, pero como un anónimo. UC







Nelson de Jesús es vendedor ambulante

# Estilario

por RAÚL TRUJILLO HENAO

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Cómo me atrae su sonrisa en estos tiempos de tanta mala cara solo por no poder consumir. Brilla aún, como un niño entre arrugas. Quizás es la mueca siempre atenta a sembrar de amabilidad el terreno que media con el otro. Lo familiar, aquello que reconocemos con facilidad, que no causa extrañeza ni reacciones defensivas, derrumba los muros del prejuicio, única barrera para el que lleva su vida ambulante, errante, peregrino sin afán.

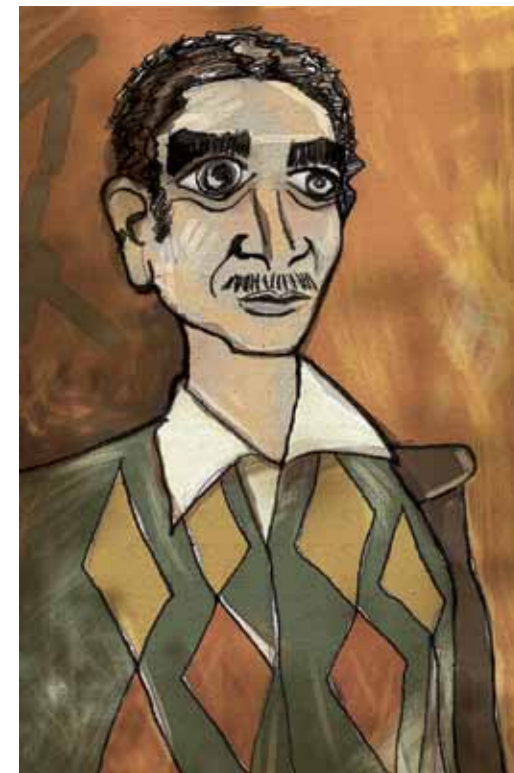
De negro completo, como uniformado, toda la semana viste un traje que el siglo anterior le dejó. Un intento de la modernidad por generar modelos unificadores, que algún sentido tenían cuando intentaron democratizar, igualar bajo un estándar. El esmoquin —de origen inglés, smoking o tuxedo— goza de una larga y preciosa historia: de uniforme militar, con aportes de la equitación, se reajustó a la vida urbana, que gracias a la energía eléctrica descubrió el placer de las noches. En las nacientes metrópolis los trajes se llevaron con la marca de su sastre; el nombre del productor iba tejido en jacquard en el orillo de la tela. Hechos sobre medida pero con base en un patrón que se ajustaba con la maestría de un sastre, tailor que contaba con formas de madera, tela y rellenos de lana o algodón que imitaban el cuerpo de su cliente. Las telas en fibras naturales, costosas de hacer y complejas pero minuciosamente mecanizadas, eran vendidas casi siempre por los mismos sastres, y si estudiamos los detalles de construcción veremos que en las telas de una yarda, esa medida inglesa equivalente a unos 90 centímetros que marcó por largos años el ancho de las telas de lana, los desperdicios después de trazar los moldes son pocos. En muchos casos los esmoquin permitían ser rehechos en la medida en que cambiaba —en general creciendo— la humanidad de su dueño, que como vemos no es nuestro caso. ¿Cuánta energía quemará Don Nelson de Jesús en su oficio cotidiano de vendedor ambulante, con el *preview* del traje de sedentario ejecutivo de hoy?

Volvamos al esmoquin. Elegante y reservado para ocasiones especiales, no solo lucía combinaciones de lanas con satén sino que se acompañaba de varias prendas, entre ellas el chaleco, la camisa blanca con cuello de picos, almidonado alto, y el corbatín o moño, o pajarita como le dicen aquí al sur. El modo de construir la solapa y el cuello, y la forma en que se integran, caracterizan a esta prenda, a la que pocas variaciones se le permiten en una estricta etiqueta de *dress code*.

Para algunos será como un Chaplin que ya no entienden; para otros el más elegante del salón de juego que son las calles del centro de Medellín, eterna primavera de juguetes sin fin. Es una extraña deidad, un José Gregorio Hernández que ofrece en una mano a Krishna marca Hem y en la otra al Tío Sam en bombones y chicles que huelen desde allá hasta aquí, tan empalagosos como su color de sintético mortal. Hagámosle propaganda y ayudémosle a vender también el maní con ardilla y bellota que de dónde putas salió y cómo llegó hasta nosotros. Eso también es parte del pop.

En su rostro, los ojos claros de rojo agotado se tiñen, la nariz y las orejas se caen y no dejan de crecer. Queda la opción del bisturí para el que puede y quiere o contar, con La Cara como relato, la verdad de existir en un planeta regido por la ley de la gravedad. Por costumbre también, va protegido por un sombrero repaisa, negro de ala corta con casi copa, que nos tipifica. Muy ajustado a las condiciones cambiantes de nuestro clima, de sol y lluvia directos que acaban con cualquier piel. Calza zapatos de suela con capellada trenzada, un clásico también, y en falla van cinta, chaleco y corbatín.

Es imposible no ver su anillo con el rostro de Jesús. Tradición de antaño que contrasta con el moderno y resistente maletín. ☾



## Periodismo menor

por PASCUAL GAVIRIA

Ilustración: Lyda Estrada

A la mala memoria de G.G.M.

A mediodía, en el Hotel Suiza de Cartagena, tocó la puerta un costeño enfundado en un saco de lana ancho. El hombre que venía del frío acababa de vivir entre temblores la furia del Bogotazo y necesitaba escamparse. Lo acompañaba un silencioso compañero de guitarra. Les asignaron una pieza en el pabellón de turistas y 'Cabeza Grande', como bautizaron al costeño de la neblina y el humo del 9 de abril entre el pelo, no se aguantó las ganas de soltarles el rollo completo sobre los tranvías ardiendo y los machetes al aire.

'Cabeza Grande' terminó por arrastrar a la familia entera hasta la ciudad de Heredia mientras se dedicaba a asistir, sin la obligatoria corbata, a las cátedras de derecho en la Universidad de Cartagena. Además de esquivar al profesor de derecho romano, trabajaba para *El Universal* escribiendo notas varias y

crónicas encargadas. Ya había dejado el saco y ahora vestía una camisa amarilla de grandes rombos negros: parecía un Picasso, pero más flaco, dicen sus amigos de entonces. Tenía apenas 21 años cumplidos y Clemente Manuel Zabala, director de *El Universal*, le fue tomando confianza. Tanta que el cabezón desflechado, con un bigote ralo de cantante de boleros, terminó encargado de los cierres y durmiendo apenas de 3 a 6 a.m. entre los rollos de papel para levantarse a la universidad. El baño diario podía esperar hasta la tarde.

Los afares lo llevaron a vivir unos meses a Barranquilla donde *El Herald* pagaba las notas un poco mejor que *El Universal*. Pero muy pronto el hombrecito de la "cabeza heptagonal" comenzó a extrañar el lápiz rojo con el que Zabala corregía sus notas y volvió a Cartagena. Un año completo, entre febrero de 1951 y febrero de 1952, trabajó para *El*

*Universal*. Aún perdía algo de libertad estudiando los rudimentos del derecho penal pero faltaba poco para la evasión definitiva, cuando apenas corrían tres meses del tercer semestre. La tertulia con sus amigos estaba dedicada a la literatura, la política —donde el talante liberal de Zabala era regla—, los lamentos por la muerte del porro y otras hojarascas.

En septiembre de 1951 el arlequín de Picasso estaba aburrido de la solemnidad que exigía la prensa con mayúsculas. Entonces decidió fundar por cuenta propia "el periódico más pequeño del mundo". El nombre apenas cabía en la primera página de 24 pulgadas: *Comprimido*. La gente lo ponía sobre la mano extendida, pasaba las ocho páginas con un dedo mojado en la sonrisa y negaba con la cabeza para aprobar el extraño experimento. El Cabezón, ahora con 24 años, se encargaba de escribirlo completo. Dicen los cronistas del realismo mágico que la tarea titánica de escribir un diario liliputiense le quitaba solo media hora. Una cabeza lo escribía pero otra fue la encargada de cranearlo. Guillermo Dávila, quien después sería comentarista hípico de *El Espectador*, fue quien tuvo la idea. Era el gerente encargado de conseguir los avisos, y el "mecánico" que lo levantaba y lo armaba para que se imprimiera en los talleres de *El Universal*. Circuló solo durante seis largos días. En el séptimo se sentaron a descansar. Toda una era para el llamado "primer periódico metafísico del mundo". Quiero conocer a alguien que tenga aunque sea uno de los tres mil ejemplares que alcanzaron a circular, a razón de 500 diarios.

*Comprimido* se dedicaba a deformar las curiosidades que llegaban en los cables, bajo el título *Confites Internacionales: La unión a la cabeza*. En el hospital de San Antonio, en Rock Island, Illinois, nació ayer una pareja de hermanos gemelos unidos por la cabeza. Los médicos aseguran que los niños están perfectamente bien de todo el cuerpo, menos de la cabeza.

También hacía las veces de consultorio sentimental. La sección se llamaba *Hospital Amoroso* y entregaba sobre todo purgantes contra la cursilería:

*Hace algunos días conocí a una muchacha como de veinte a veintidós años,*

*alta, morena, muy parecida a Ingrid Bergman, sobre todo en la manera de sonreír. Me habría casado con ella al instante, pero ella desapareció de mi vista, pues al ver que yo le proponía matrimonio al rompe dijo que yo andaba detrás de su dinero. ¿Qué debo hacer para encontrarla? RBDN. La ciudad.*

*R. No se preocupe, que a estas horas todo el personal masculino de este periódico debe andar sobre la pista de esa mujer.*

Las noticias eran tituladas con las declaraciones de los interrogados: "Veinte mil al municipio" o "Yo acabo con los tiburones". Otra de sus burles era esculcar la prensa colombiana y reseñar disparates varios. Esta sección se llamaba *Hemos Leído* y tenía, por supuesto, a los diarios conservadores como despensa principal.

Pero debo confesarlo. En realidad este comprimido recuento ha sido hecho para dar cuenta del primer editorial del único diario que dirigió 'Cabeza Grande'. Principios tan elocuentes y concisos que casi quisiéramos convertirlos en enseñanza de esta empresa editorial, fundada en una caja de fósforos hirviendo en los altos de un bar bienoliente. Se los dejo, como una especie de queja y premonición:

*"Comprimido no es el único periódico más pequeño del mundo pero aspira a serlo con la misma laboriosa tenacidad con que otros aspiran a ser los más grandes. Nuestra filosofía consiste en aprovechar en beneficio propio las calamidades que se confabulan contra el periodismo moderno. La carestía del papel, la escasez de anuncios y de lectores favorecen nuestro progreso puesto que nos colocan en la circunstancia de reducir cada vez más nuestras proporciones. Esta iniciativa, como los préstamos con interés, tiene el privilegio de prosperar a costa de su propia quiebra".* ☾

El origen de esta página es un libro detectivesco de Jorge García Usta sobre todos los días de García Márquez en Cartagena.

### ANTIMATERIA

## De Higgs y gravitones ESO NOS PASA POR BOSONES

Vuelve a ser noticia el Bosón de Higgs ya no como una mera desviación estadística como pasó el año pasado, sino como un fenómeno real y medible, según observaciones de la Organización Europea para la Investigación Nuclear (Cern, por sus siglas en francés), cuyo colisionador de hadrones se encuentra doscientos metros bajo tierras de Suiza, Francia e Italia.

El Bosón de Higgs lo siguen presentado como el ladrillo que faltaba para completar el edificio teórico de la física de partículas, pero no hay tal. También nos falta por "observar" el gravitón, además de encontrar la ecuación simple y sencilla que permita meter en un mismo

saco la compleja red de interacciones que determinan el comportamiento de partículas subatómicas como el bosón y el fermión, y el de objetos masivos como las estrellas y los planetas, en armoniosa mixtura con la teoría de la relatividad.

Interacciones que son posibles porque unos nanosegundos después del Big Bang, un tris antes de que el gravitón entrara y saliera de escena, hizo lo propio el Bosón de Higgs, cuya misión fundamental, antes de desaparecer sin dejar más rastro que un ininteligible campo de acción, fue conferir a las partículas elementales la capacidad de juntarse hasta conformar objetos constituidos básicamente por una incommensurable cantidad de nada.

Andar en busca del Bosón de Higgs o del gravitón es a la vez un ejercicio de arqueología cuántica y de filosofía de la ciencia, un viaje al pasado más remoto, al origen. De tener menos números podría considerarse teología.

De ahí las apuestas que se cazaron en los noventa, cuando no existía la tecnología del Cern, cuando ni en sueños los científicos creían posible reproducir en condiciones de laboratorio el estallido que le dio comienzo y forma a este loco, complejo, fascinante, majestuoso Universo que hizo posible el sol y la luna y el homo sapiens, y el no menos loco amor y la gaya ciencia. ☾

**Patricia Fuenmayor**

Asesora en seguros

Tel. 321640 2928 - 260 2300  
patfuenmayor@hotmail.com

**Veneno Néctar**

es un libro para degustar visual y literariamente. La creatividad le ha permitido al autor emprender un viaje que atraviesa diferentes aspectos del ser humano: el humor, lo escatológico, la atracción física y emocional, lo absurdo de la existencia, el desasosiego, la ironía. El autor no propone una historia de narrativa lineal. Lo que el lector encuentra es un compendio de historias, sketches, cuadros e ilustraciones que dan cuenta del viaje ontológico emprendido por el autor en esta obra.

Diego Gómez

Más información: [www.gatomorfo.com](http://www.gatomorfo.com)





## Rayadura Alzheimer

El niño octogonolizado narra su versión pirata

por JOSE GABRIEL BAENA

A mediados de los años sesenta mi hermano Jesús empezó a comprar, ahorrando monedas aquí y allá de la plata que le daban para las mediamañanas del Liceo Antioqueño, algunos de los discos pop & rock que le recomendaba su amigo y compañero de clases Mario Zapata, excelente guitarrista. Zapata había empezado a iluminar las tardes de nuestros sábados con su guitarra marinilla (las mejores de la época) tocando casi que exclusivamente canciones de los Beatles. Traía los discos ya bastante trajinados, las canciones copiadas a lápiz, y entre estos colaba Zapata uno que otro álbum de los Stones, como *Between the buttons*; recuerdo que este último mostraba a los futuros satánicos como acabados de levantarse, los ojos drogados, nublados. Y en la contracubierta una especie de cómic dibujado por el baterista Charlie Watts, donde unos personajes apenas esbozados a tinta se burlaban en unos cuantos cuadros del destino incierto del disco: “Entre retoños empezó como una carcajada, pero muy pronto se volvió una farsa / Ente retoños, entre las fibras, conocemos a un montón que nos han llamado mentirosos. / Entre retoños, entre el pantano, sabes que a veces te sientes herido...”

En la segunda tira del “cómic” el álbum se vuelve un súper éxito. Pero su música no acababa de gustarme. Parecía demasiado sucia al lado de la muy pulida de Liverpool, aunque supieran tocar “en partitura”, sobre todo el mono Brian en los teclados, quien ya estaba empezando a explorar las músicas africanas. Al margen, solía tañer Zapata para mi hermana Mary, que estaba aprendiendo a dominar la guitarra, una dulce balada judía que tocaban Joan Báz y Bob Dylan, “Donna Donna”, y con ella se aprendió las principales posiciones en el mástil. Años después, en una finca hippie, una adorable señora inolvidablemente

loca dijo que quien le consiguiera el disco de “Donna Donna” se ganaría el premio millonario de lamerle el Arca de la Alianza de por vida y donde fuera, y “le chuparía el cetro hasta el Apocalipsis de Durero”. Y que lo mismo valía para quien le rebuscara la hermosa caja doble y perdida con las canciones y dibujos místicos de Donovan, un compositor escocés amigo de los Beatles. Debo decir que de las cajas de Donovan solo hubo una en Medellín, y la tengo bajo tres llaves. Yo le conseguí el disco de “Donna Donna”... justamente la semana en que me tenía que ir para Europa como exiliado romántico y nunca supe quién se quedó con el sangrante cáliz de consolación.

Cuando volví de las heladas tierras suecas los hippies de La Tablaza y de Robledo andaban en desbandada, casados, separados, suicidados. La vida que pasaba.

Estas sesiones de rock doméstico transatlántico fueron las que definitivamente expulsaron de mi cerebro la extraña ensalada de pop latino que se oía en las emisoras, de cantautores mexicanos y argentinos en su mayoría (Leo Dan, Palito Ortega, Enrique Guzmán —¡El papá de la sensual y reputada Alejandra de estos días!—), y empujaron hacia un extremo inexpugnable mi gusto por la música clásica europea, que vendría a emerger muchos años después. Oír pop en la radio normal era tan extraño como pensar que la tierra era cóncava (lo cual es cierto, lo juro) y solo podíamos entonces, Jesús, María y José, escuchar las nuevas canciones inglesas sintonizando en lo alto de la noche la frecuencia modulada de la BBC de Londres que se hallaba en las antiguas radiofónicas, con cables largos conectados a una antena en el techo.

Hasta que llegó, misteriosa y ronca “Desde Envigado, La Voz de la Música, cambiando el sonido de una generación”... ¡Queridos tiempos paleolíticos! ¡Flashback! Mario Zapata, pues,

nos sacó de la noche oscura del alma grecocaldense y nos sumergió sin contemplaciones en ese mundo londinense de guitarras eléctricas y alucinación descontrolada. Los cuatro o cinco futuros peludos del pueblo nos circulábamos los pocos elepés que teníamos, venidos de extrañas manos, y sucedía a veces que todos los discos estaban perdidos porque habían vuelto a sus dueños. Nunca volví a tomar discos prestados y me propuse entonces empezar a recoger de mis algos para comprarme siquiera un LP propio al año. Pero solo el 1 de diciembre del 69 logré coronar la Gran Misión. La tarde de ese día, curioseando por el pasaje comercial Astoria, vi en la vitrina de un almacén cuyo nombre, ay, he olvidado, la carátula más insolente que mis ojos hubiesen contemplado jamás: se trataba del “álbum octogonal” de los Rolling Stones, titulado *Through the past, darkly - Big Hits Vol.2*, lo más original en diseño de cubiertas hasta la fecha. La carátula era doble, con todos sus ángulos cortados a troquel en fábrica, lo cual le daba los ocho lados y en suma 16. En la cubierta principal estaban los cinco Stones originales, aplastadas sus caras y manos contra un vidrio, y en la cubierta de atrás la apostasía: el vidrio totalmente roto a patadas o pedradas por los mismos Rolling, como quien dice “nos importa a fucking ass”.

Pero lo más impresionante estaba adentro. La cubierta interior desplegada mostraba a los Stones, acostados formando una estrella en una calle londinense cualquiera, con su magnífica ropa psicodélica, y todavía estaba con ellos el majestuoso pianista Brian Jones, quien acababa de morir ese verano en su piscina de ginebra púrpura. Un pequeño poema al estilo de Keats, tal vez escrito por Jagger, era como su epitafio, pequeño, en letras amarillas, escrito en la calle: When this you see, remember me / and bear me in your mind. Let all the world say what they may / speak of me as you find (1943-1969); esa era la carátula más insolente del rock que se hubiera publicado hasta entonces. La dependienta me preguntó si me lo envolvía, le dije que no: quería salir a la calle exhibiendo semejante bomba de relojería.

La inauguración del álbum octogonal de los Stones en el equipo de ocho parlantes de mi casa un sábado por la tarde fue un escándalo total, y desde entonces mi mamá, por años, siempre que yo iba a poner algún cosita de rock, gemía mientras se encerraba a hacer la siesta en la blindada pieza del servicio, “¿Otra vez esa música de perros y gatos?”. Y sí, con esa música de cantantes como coyotes aullando bajo lunas dementes, mi cerebritito octogonolizado para siempre, seguí incólume por la vida, vagabundo en mi habitación sonora durante los siguientes tres años de huelgas en la Nacional, oculto entre mi melena que me llegaba hasta la cintura y una chaqueta de talla 40 que saqué de no sé dónde. Y mientras tanto mi colección de discos crecía, crecía, y mi fama de rockero solitario se iba regando por el barrio. Pero el humo santísimo de la Lechuga Santa todavía estaba por llegar, esparcido por la muchedumbre de idiotas que después de ver el documental del Festival de Woodstock en el Teatro Junín, en

Hasta que llegó, misteriosa y ronca “Desde Envigado, La Voz de la Música, cambiando el sonido de una generación”... ¡Queridos tiempos paleolíticos!



25 de diciembre del 70, se volvieron hippies de lujo y de boutique. Todo cambió.

En agosto se había suicidado Hendrix en Londres. Meses antes una disquera colombiana había publicado su único disco en el país, que por gracia o desgracia salió “fallido”. El lado 1 anunciaba seis canciones pero en verdad aparecían otras dos joyas: “All along the watchtower”, de Bob Dylan, y “51st Anniversary”. El lado 2 ofrecía otros seis temas: cuatro desaparecidos “Crosstown traffic”, “Stars that play with laughing Sams’s dice”, “Highw Chile” y “Burning of the midnigt lamp”, y en cambio aparecían dos como “Red house” y “Remember”, aparte de “Stone free” “Manic Depression” y “Foxy Lady”. Un laberinto. Una equivocación de fábrica como esta vale hoy unos centenares de miles de euros. Tengo dos ejemplares. La música debe servir para algo, digo de nuevo. ¿Qué dices tú, mi “Donna Donna”? ¿Oyes algo en este momento? Son las 3 a.m., hora del Maligno... ☹

**DR. GUSTAVO AGUIRRE**  
OF TALMOLOGO CIRUJANO U. DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

**Clínica SOMA,**  
Calle 51 No. 45-93  
Tel: 513 84 63 - 576 84 00

No importan los 50 años del concierto que se evaporó en el bar Marquee. Los Stones han sido celebrados en exceso. Vale la pena leer sus nervios en busca de una pista para fijar el precio del toque.



## La edad de las piedras

por CAMILO SUÁREZ

Julio es el mes de nuestra fiesta nacional pero también suma en sus días el aniversario de una institución sonora. Una que antes de serlo subvirtió el orden musical imperante para establecer su irreverente majestad. Esta, como tantas otras revoluciones, quiere tumbar a quienes mandan, ofrecer nuevos horizontes y exhibir orgullosa su triunfo. “Moverle la silla al jazz” era la consigna, según el cronista de la revuelta que firma las quinientas páginas del relato autobiográfico que ahora presentamos. El bandido memorioso —Keef lo

llamarán— es quien, a pesar de su intoxicada reputación, cuenta en el libro *Vida* los detalles de una historia que es también la historia de un género musical.

Estos esmirriados fanáticos de la música popular norteamericana sueñan con llevar el blues de Chicago al Reino Unido. Viven juntos en un cuchitril con calentador de monedero que, gracias a sus vecinas estudiantes de magisterio, sobrevive al caos de una tribu dedicada a oír canciones y estudiar hasta la última de sus costuras para luego ensayarlas con el grupo. Es justamente esa condición de tropa la que recibe mayor

cuidado en este “solo” donde el guitarrista nos cuenta cómo se tira la primera piedra: “Debía estar saliendo con Lee cuando nos dieron nuestra primera presentación con los Rolling Stones, un nombre que horrorizaba a Stu. Después de saber cuanto costaría la llamada, Brian telefoneo a Jazz News, que servía un poco de guía en el mundillo, y dijo: Tenemos una presentación en... ¿Y cómo se llama tu grupo? Nos quedamos mirándonos los unos a los otros con cara de sorpresa: “¿El rollo este? ¿Lo que montamos?”. Y la llamada costaba. ¡Muddy Waters, ayúdanos! La primera canción de *The Best of Muddy Waters* es “Rolling Stone”, la funda del disco estaba en ese momento en el suelo. A la desesperada, Brian, Mick y yo nos tiramos al agua: Los Rolling Stones. ¡Mierda, qué tensión! Gracias a esto y a no pensarlo mucho nos ahorramos seis peniques.

¡Un toque! El grupo de Alexis Korner iba a actuar en una retransmisión en directo de la BBC el 12 de julio de 1962 y nos pidieron que tocáramos por ellos en el Marquee. El baterista esa noche fue Mick Avory, no Tony Chapman como extrañamente se cree, y Dick Taylor tocó el bajo. Los Stones de los primeros tiempos (Mick, Brian y yo) tocaban su repertorio de siempre: “Dust My Broom”, “Baby What’s Wrong?”, “Doing the Crawdaddy”, “Confession the Blues”, “Got my Mojo Working”. Ahí estás tocando con tus colegas y piensas: “¡Sí, una putería!”. Es una sensación impagable. Y llega un momento en que te das cuenta que realmente has abandonado el planeta durante un rato y que eres intocable, flotando a varios metros del suelo, porque estás con otros tipos que quieren hacer exactamente lo mismo que tú y, cuando funciona, eso te da alas. Sabes que has ido a un sitio donde la mayoría de la gente nunca ha estado, un lugar especial, y a partir de ese momento vuel-



ves una y otra vez y luego aterrizas. Al volver siempre te agarran, pero aún así no dejas de sentir las ganas de hacerlo nuevamente. Es como volar sin licencia”. Faltaba algo de tiempo para que el repertorio de las *Satánicas Majestades* incluyera canciones propias. Dice Richards que antes era necesario buscar por lo menos un amplificador (Bill, el bajista, llegará con uno que los dejará como el logo del grupo) y hacer cualquier cosa por conquistar a Charlie Watts. Lograrían eso y más para la música popular del siglo veinte, particularmente para el rock al que Keith define de la siguiente manera: “Eso es el verdadero jazz, ese es el gran secreto: el rock and roll no es nada más que jazz con un backbeat muy marcado”.

Muchas personas sienten que su patria es la música, que su filiación es cadenciosa y los vincula a una familia extraterritorial o planetaria fundada en el aire. Bien podríamos entonces celebrar el 12 julio este otro aniversario. El de la fundación de una monarquía de juglares a los que ya parece demasiado deseárselos salud y larga vida. ☹

Calle 27 Sur N° 43A - 61  
Teléfono: 448 24 04  
www.otraparte.org

Horario de atención:  
3:00 p.m. - 11:00 p.m.

LIBRERÍA DE  
**OTRAPARTE**

Comida a domicilio y por encargo.  
**Cel. 300 300 3677**

www.facebook.com/cocinetas @cocinetas





## Diploma olímpico

Basta con girar la cabeza a la izquierda en el momento equivocado para que el rival deje una estela invisible sobre la derecha. Así se escapó la medalla olímpica de Santiago Botero en Beijing 2008. Al menos eso piensa El Santi en algunas noches de insomnio frente al altar de lo que no fue. Mira su diploma olímpico por el sexto lugar en la ruta y piensa que ahí debería haber un metal en vez de un pergamino. Apenas 12 segundos separaron el simple papel del oro olímpico.

Botero llegó a Beijing con dos juegos a cuestas. A Sidney viajó con la camisa de pepas rojas del Tour todavía encima. El palo de 3500 kilómetros que se había dado en Francia hacía suponer que iba en plan de conocer la Ópera de Sidney.

No terminó por fallas mecánicas. Debí agradecer a la cadena enredada entre los piñones. En Atenas ya podía mostrar la camisa arcoiris guardada desde el 2002. Corrió la crono y fue octavo. Se esperaba más. "Tiempo nublado", dijeron desde el transmóvil uno.

A Beijing llegó acompañado de Rigoberto Urán, que acababa de sacar la cédula, y José Serpa, reciente ganador de etapa en la Vuelta a Venezuela. Botero estaba terminando sus rutas y los Olímpicos era la posibilidad de broche de oro, plata o bronce. Me dice que se bajó del avión y el sol era un resplandor triste detrás de una capa de humo fungiendo de neblina. Solo José Serpa, oriundo de Sampués, parecía tranquilo con el sofo-co ambiente.

"Los Olímpicos son distintos a cualquier competencia. Ya no está la tensión de convivir todos los días con el recelo de los rivales de siempre. La colección de pesistas, gimnastas, nadadores, remeros, judokas hace que una se sienta como en Avatar. Los luchadores tienen todos un cayo detrás de la oreja, las gimnastas parecen niñas salidas del circo, los tenistas desfilan..." Botero dice que Beijing era una ciudad recién vestida. Salía a entrenar con sus dos compañeros y de pronto, sin notarlo, pasaban una línea imaginaria. Ya no estaba el escenario monumental sino los ranchos, las canales de aguas dudosas, los niños acuchillados en la calle haciendo lo suyo.

Antes de afrontar los 254 kilómetros de ruta Botero le preguntó a Oliverio Cárdenas, técnico de la tripleta colombiana, por la alimentación para las seis horas de pedal que se venían: "Vayan y preparen unos santuchitos en el comedor de la villa", les respondió el antiguo

capeón de las Metas Volantes en la vuelta a Colombia. Botero se arrimó donde Alejandro Valverde con cara de hambre y logró conseguir cuatro fiambres marcados con la bandera de España. La ruta no le preocupaba, solo esperaba medir fuerzas para la crono que venía días después y era su gran esperanza. "Igual la ruta es una carrera muy desigual. Los países más poderosos, Francia, Italia, España, Suiza, llevan siete ciclistas y los demás apenas tres, dos o un huérfano. Es como si en fútbol Brasil jugara con 11 y Ecuador con ocho".

Al sonar el pistoletazo los encargados de mostrar la bandera de su país salen como locos: bolivianos, chilenos, rusos de segunda y checos de tercera, brincan para salir en televisión mientras en el lote se dedican a conocer la Muralla y tantean a sus rivales examinando las muecas que deja la cuesta de cada vuelta. Después de una colección de aventuras en las que Urán alcanzó a mostrar la tricolor, italianos y españoles imponen el orden a menos de cincuenta kilómetros para la meta. Botero se siente mejor de lo esperado y comienza a pensar en la medalla. No es momento para estrategias y se ocupa de seguir la rueda de los favoritos.

Faltan doce kilómetros y Botero ya está seguro de que peleará la carrera: "Yo soy una especie de motor a Diesel, no soy rápido, necesito tiempo para coger mi ritmo y avanzar. Solo necesitaba calcular las distancias y mis fuerzas para saber cuando gastar mis reservas". Adelante van Manuel Sánchez (español) y Davide Rebellin (italiano) pero Botero está tranquilo en el grupo persecutor de seis corredores donde están los favoritos Valverde (español) y Bettini (italiano).

Esos son sus hombres. Oliverio Cárdenas, conectado a la oreja de Botero por un radio y encargado de mirar la carrera desde el panorámico del carro acompañante, nunca le dice que los líderes de carrera son tan italianos y españoles como Valverde y Bettini que van tranquilos, sin afán, sabiendo que adelante está las medallas para su país.

De pronto el suizo Cancellara prende la moto en busca de los líderes. Botero sigue pensando que sus rivales están en el lote y que todavía falta para tirar los restos. "Si en ese momento yo sé que no faltan más de dos kilómetros me voy con toda intentando seguir a Cancellara y les llevo a los adelante". Nunca le dijeron nada y solo cuando vio el anuncio del último kilómetro Botero sacó todo lo que había guardado. Ya era tarde. El motor Diesel se demoraba para despegar. Llegó a la meta pasando rivales, con un impulso distinto a la todos, había dejado atrás a Valverde y a Bettini, pero Sánchez, Rebellin y Cancellara ya había cruzado rumbo al podio. Los ciclistas son como caballos que llevan el jinete en el carro, desde ahí les deben hablar al oído, ellos siguen las curvas pero no necesitan el fute a tiempo y la palmada cariñosa en el cuello después de la meta.

En la crono todo fue desilusión. Desde la primera vuelta Botero supo que no pelearía la medalla: "Ya no sabía qué hacer, para qué seguir. No sabía si parar a orinar o ponerme a mirar la muralla. Pero todo el mundo está viendo la carrera y toca pedalear con el desconsuelo encima". Para olvidar esa carrera Botero usa una táctica infalible: se repite que entre los ciclistas vale más la camisa arcoiris que la medalla de oro olímpica. Y el es ciclista. ☹

## Bocas de ceniza \_\_\_ por CAMILO JIMÉNEZ



Me trataba de sucia, cochina... India salvaje. La palabra *india* era considerada de insulto.

Fue en esos días que aprendimos lo que era la profunda soledad y el abandono de todo afecto.

Otro día me preguntó si yo tenía papá y mamá, yo le pregunté que qué era eso y me dijo que él tampoco sabía.

De pronto vimos aparecer por detrás de la iglesia un monstruo negro terrible que avanzaba hacia el centro de la plaza. Los ojos enormes y abiertos eran de un color amarillento y tenían tanta luz que iluminaban la mitad de la plaza. La gente se tiró al piso de rodillas y empezaron a rezar y a echarse bendiciones; una mujer que tenía dos niños chiquitos los tiró al suelo y se acostó sobre ellos cubriéndolos como hacen las gallinas con los huevos. Unos hombres avanzaron hacia la plaza con unos grandes palos en la mano. El animal se detuvo y cerró los ojos. Era el primer carro que llegaba a Guateque.

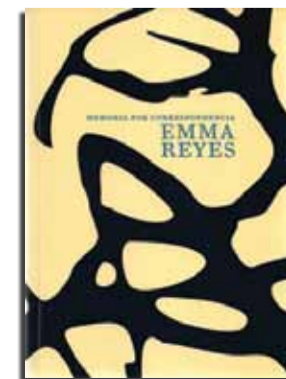
Los sábados eran el gran día; ese día tenía que ir con Betzabé para lavar la ropa en el río. Salíamos muy temprano a la mañana. Betzabé se ponía en la cabeza el atado de la ropa y en un canasto llevaba la comida para los dos, yo llevaba el chorote para el chocolate. El camino era largo, a ratos Betzabé me alzaba para ir más rápido. El río Súcuba me parecía enorme, era el primero que veía en mi vida, a las orillas había cantidades de árboles, aguacates, guayabos, naranjos; siempre íbamos al mismo sitio, donde el río hacía una curva y desde donde veíamos el puente. Apenas llegábamos, Bet-

zabé jabonaba la ropa y la tendía sobre el pasto para desperdiciarla al sol, luego nos íbamos a recoger leña y a coger frutas; de regreso prendíamos el fuego y poníamos la olla con las papas y las mazorcas. Mientras se hacía la sopa, Betzabé jugaba la ropa, yo soplabla el fuego y cuidaba la olla. Cuando terminaba de extender la ropa, nos desvestíamos, ella se ponía un chingue, a mí me dejaba desnuda, me tomaba en los brazos y nos metíamos al río. ¡Qué felicidad! Yo hubiera querido que esos baños no terminaran nunca.

Si tú me preguntas cuál fue el primer amor de mi vida, tengo que confesarte que fue Sor María. Era un amor rarísimo, era como si fuera mi mamá, mi papá, mi hermano, mis hermanos y mi novio. Ella reunía para mí todos los tipos de amor y todos los matices de la ternura. Alta, muy delgada, de movimientos ágiles y elegantes, la piel tostada, ojos negros penetrantes y al mismo tiempo un poco tristes, todas las facciones de su cara eran perfectas como equilibrio, pero sus facciones no eran ni femeninas, ni masculinas, yo diría que no tenía sexo. [...] Empecé a quererla cuando me estaba preparando para la comunión. Yo bajaba todas las tardes al salón de plancha, salíamos a pasearnos solas por los patios y el solar, ella me tomaba de la mano o yo me colgaba de su cintura. No es que con ella aprendiera más que con Sor Evangelina, no; pero como me hablaba más simplemente y además

sentía que me quería, pues me parecía más fácil y más claro.

Dos meses duró la preparación, ella me traía cada día algo escondido en sus bolsillos, o un caramelo o una fruta o la estampa de algún santo. Yo robaba flores, las más chiquitas, en el solar, se las ponía entre sus manos y le pedía de guardarlas todo el tiempo en su bolsillo para que se acordara de mí cuando yo no estaba con ella. Cuando pasábamos las puertas o los sitios donde ella estaba segura que nadie nos veía, me abrazaba fuertemente y me llenaba la cara de besos, yo le besaba los ojos y la punta de cada dedo de sus manos. Cuando en horas distintas a las lecciones la veía atraer un patio o un salón o simplemente entrar a la capilla o pasar a comulgar a la hora de la misa, mi corazón se ponía a saltar y la respiración se me detenía... ☹



Emma Reyes, *Memoria por correspondencia*, Bogotá, Laguna Libros 2012.

En nuestro hogar florece la diversidad

Parque cultural Nocturno

Del 4 al 10 de agosto

www.feriadelasflores.medellin.travel



La Boa cantina constrictor

Tango querido de ayer, qué ventarrón te alejó. Junto con ella te has ido y hoy la trae tu evocación

Enrique Cadicamo

Calle 53 No 43-59 Maracaibo Tel. 239-3580

IN SITU SALA DE ENSAYO

Alquiler de backline

Parque del Periodista 2395280 / 3 14723 4042

KEEP PLAYING ...



**M**e esperaban unos dos mil kilómetros de recorrido terrestre, sin afanes, desde Medellín hasta Buenos Aires, Argentina. Iba en taxi para la Terminal del Sur y sabía que la última oportunidad para abastecerme de marihuana era en el Barrio Antioquia. Aún así, llegué al cruce de la carrera 65 con calle 25, donde uno puede mercar sin bajarse del carro, y me mantuve ajeno al asunto, mirando las casas por la ventanilla. Días antes, invadido por la emoción de viajar, había tomado la decisión de salir limpio, sin un solo baretto en el equipaje, y más bien a la deriva de lo que me ofreciera cada ciudad en cuestión de moño.

# Crónica verde Mercando por Suramérica

por CASTAÑEDA GALEANO

## 1. Cali

Después de dos días de estadía en La Sultana, subí a la Loma de la Cruz en el barrio San Antonio. Allí había una placita de artesanos con venta de manillas, collares, pipas y otras chucherías. Desde un mirador divisaba la ciudad mientras daba un primer sorbo temeroso de champús. Eran las tres de la tarde y había poco movimiento. De repente pasó un pelao detrás de mí, dejó una estela de humo dulzón, avanzó por una suerte de corredor y regresó echando bocanadas. Le pregunté si sabía dónde podía comprar baretta y me señaló un flaco que andaba por ahí con una mini flauta colgada del cuello. Me acerqué al tipo, era un verdadero espagueti de barbas rubias. El hombre sacó una bolsita con cinco porros y me pidió cuatro mil pesos. Nunca después conseguí marihuana tan barata en este viaje. Ahí mismo lo prendí y reconocí el sabor de la yerba criolla, tradicional. Estos barillos me duraron el resto de la estadía en Cali, Popayán y Pasto.

## 3. Lima

Después de las purificadoras ciudades peruanas de Piura y Trujillo, llegó una nueva compra de cannabis. Caminaba por el centro de Lima, por un pasaje peatonal colindante con la Plaza de Armas, y un señor canoso que venía de frente se me acercó y con voz ronca —tomándose el tiempo para marcar bien cada sílaba— me susurró al oído: “co-ca-f-na”. Le dije que gracias. A los pocos pasos otro pelado me dijo “faso” cuando pasé por el lado, entonces me devolví. Me dijo que si quería comprar tenía que ir a un local de tatuajes y piercings, y me informó que vendían bolsitas de 50 y 100 soles. Le dije que iba a almorzar y volvía, pues quería explorar mejor el ambiente y no apresurarme.

Buscando almuerzo me volví a encontrar a Cocaína; me iba a ofrecer de nuevo pero me reconoció y me preguntó de dónde era, le dije que colombiano y se cagó de risa. Ese encuentro me motivó a ir por la yerba. Ya no estaba el mismo pelao pero había otro, de pañoleta amarrada en la cabeza. Le pregunté por faso y apenas reconoció mi acento colombiano empezó a decir baretta. Le advertí que quería comprar poco. Fuimos a un centro comercial medio lúgubre, con muy poco movimiento, y entramos a un local oscuro. Una señora estaba ahí como de fachada y había otro man cuidando. Para romper el hielo, el de la pañoleta me recomendó la localidad “bohemia” de Barranco. Hablamos de marihuana, que la colombiana era muy buena y muy barata, que él tenía una peruana, y trataba de enarbolarse su producto, decía que era “pura flor”. Valía 100 soles una bolsa, o 50 otra más pequeña. Le dije al hombre que 20 y salió.

El pelao regresó al local a los minutos y subimos a un segundo piso con más privacidad; allí había tres camillas donde nos sentamos frente a frente. El man volvió a soltar la retahíla de que la “baretta” que me estaban ofreciendo era muy buena y sacó una bolsita pequeña, transparente y cuadrada que valía 30. “Huéléla”, me dijo. Efectivamente olía delicioso, pero no era mucha, era un moño alargado con unos rípios. Le ofrecí 20, él pidió 30 y después de un tira y afloja, quedamos en 25 (8 dólares). Nos despedimos con golpeada de puño y salí.

Aunque tenía ganas de probar esa flor de inmediato, debí esperar porque de la mercadería me fui para el Museo Numismático del Banco Central de la Reserva. Durante el recorrido me metía la mano al bolsillo y palpaba la bolsita de yerba. Por momentos me dio miedo de que la seguridad exagerada del edificio terminara por darme un mal rato, pero no.

## 6. La Paz

Ahogado subía por un costado del Mercado de las Brujas, un sector esotérico con exhibición de esqueletos de cabritos, menjurjes en frascos y muñecas negras, todo en un ambiente colorido, oloroso a incienso, con banderas indígenas y tiendas atendidas por cholitas. En la acera del frente había cuatro jóvenes conversando y uno de ellos, el más alto e inquieto, levantó la cabeza y miró a los transeúntes, como buscando cliente. Yo lo miré porque sabía que nuestras miradas se iban a encontrar, y así fue: me levantó las cejas justo cuando yo me daba en la cabeza dos golpecitos con el puño.

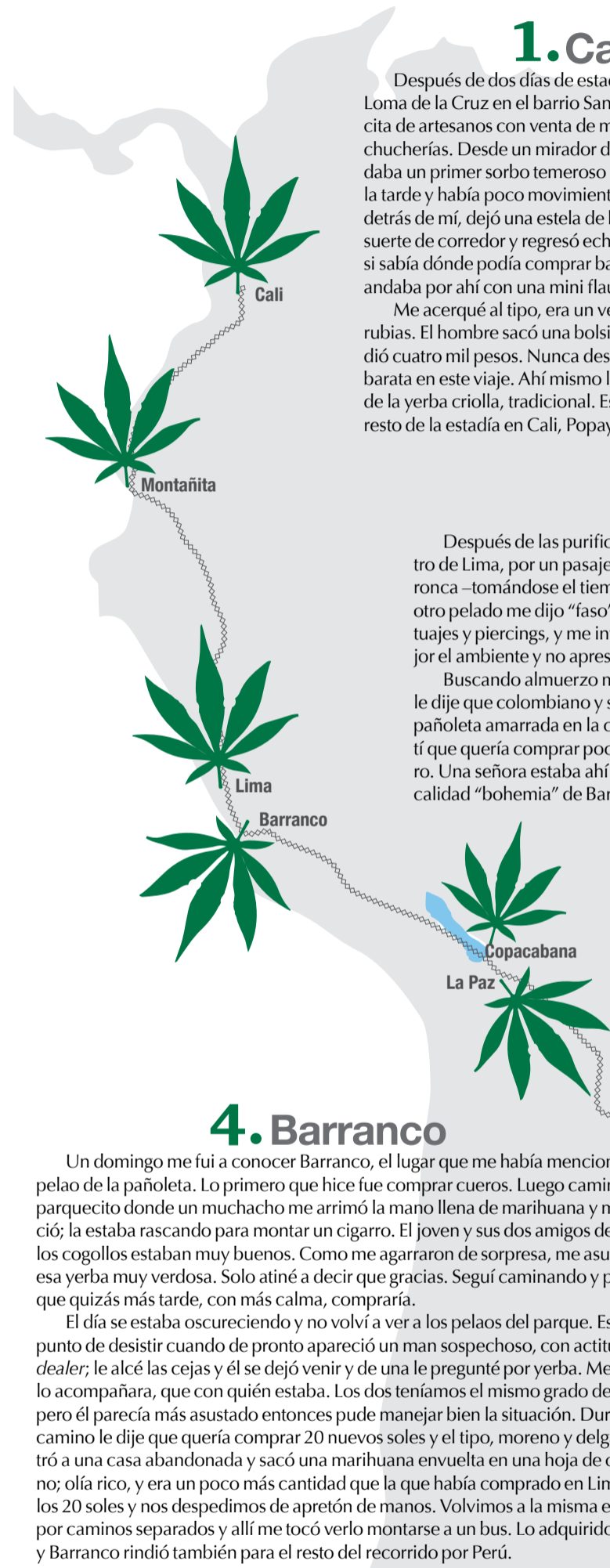
El pelao, al ver el gesto, me llamó con la mano. Pasé la calle y le pregunté por faso, me dijo que sí tenía, que lo acompañara, y subimos juntos un par de cuadras hasta la calle Illampu. Ahí me dijo que lo esperara. Esos minutos fueron tensos. Uno de los manes que estaba con él se me acercó y me ofreció coca, que muy rica; el hombre no me daba buena espina, medio brusco, escandaloso. Al rato llegó el otro tipo y me entregó una hoja de cuaderno doblada, yo revisé y era mucha yerba, muchísima más de la que había comprado las veces pasadas, y por 80 pesos (12 dólares). Le pagué, me despedí y sudando petróleo me fui para el hotel. Aunque todavía tenía lo de Copacabana, me pareció bien reabastecerme para el resto de estadía en Bolivia, y para la llegada a Jujuy y Salta, en Argentina.

## 7. Rosario

Tenía varios días sin fumar y una noche, en el malecón del río Paraná, sentí ese olor agrídulce de la paraguaya prensada. Estaba muy cerca de la vieja estación de tren Rosario Central, y aunque había dos o tres grupos de personas que andaban fumando por ahí, no sentí la seguridad suficiente como para acercarme en medio de la oscuridad.

En el Art Hostel, donde me hospedada, volví a sentir olor a paraguaya. Los humos eran de una chilena de pelo rojo que, después de una breve charla, me regaló un trozo con el que pude armar los dos últimos ejemplares del viaje.

Tras cuatro meses de recorrido por Suramérica, debo decir que el moño no faltó. Que en todas las ciudades, en algún momento, una bocanada de humo de marihuana voló hasta mi nariz. Llegué a mi destino final como arranqué: limpio. Ya radicado en Buenos Aires viviría otra historia con jíbaros misteriosos, relaciones paranoicas y baretta compacta. De novela. ☞



## 4. Barranco

Un domingo me fui a conocer Barranco, el lugar que me había mencionado el pelao de la pañoleta. Lo primero que hice fue comprar cueros. Luego caminé por un parquecito donde un muchacho me arrimó la mano llena de marihuana y me ofreció; la estaba rascando para montar un cigarro. El joven y sus dos amigos decían que los cogollos estaban muy buenos. Como me agarraron de sorpresa, me asusté y vi esa yerba muy verdosa. Solo atiné a decir que gracias. Seguí caminando y pensando que quizás más tarde, con más calma, compraría.

El día se estaba oscureciendo y no volví a ver a los pelaos del parque. Estaba a punto de desistir cuando de pronto apareció un man sospechoso, con actitud de dealer; le alcé las cejas y él se dejó venir y de una le pregunté por yerba. Me dijo que lo acompañara, que con quién estaba. Los dos teníamos el mismo grado de nervios, pero él parecía más asustado entonces pude manejar bien la situación. Durante el camino le dije que quería comprar 20 nuevos soles y el tipo, moreno y delgado, entró a una casa abandonada y sacó una marihuana envuelta en una hoja de cuaderno; olía rico, y era un poco más cantidad que la que había comprado en Lima. Le di los 20 soles y nos despedimos de apretón de manos. Volvimos a la misma esquina por caminos separados y allí me tocó verlo montarse a un bus. Lo adquirido en Lima y Barranco rindió también para el resto del recorrido por Perú.

## 5. Copacabana

Al llegar a Copacabana, Bolivia, después de una tortuosa travesía por el lago Titicaca, divisé varios artesanos y saltimbanquis alrededor de la plaza principal. Me acerqué y uno de ellos, tatuado y grande, me atendió y nos pusimos a conversar; era argentino, de Jujuy. Al rato le pregunté por ganja y me dijo que ya volvía. El hombre se perdió entre unos muros y a los minutos brotó de una maleza que empezaba a comerse la esquina superior del parque.

Me hizo señas con la mano y fui con un poco de angustia. Nos sentamos en unas escalas roídas y ahí negociamos: me mostró un moño verdoso dentro de una cajetilla de cigarrillos, olía a mango biche pero no parecía hidropónica. Me pidió 60 bolivianos y como era costumbre pedí rebaja. Aún no tenía claro el tema de la conversión de moneda, y tuve que calcular en sol, en dólar, en peso, y para no enredarme le entregué un billete de 50 (7 dólares) y aceptó. Nos despedimos de estrechón de mano e insistió en que “esa” estaba riquísima. Lo corroboré esa misma noche a orillas del lago.



andrea  
katic  
kurk fisioterapeuta

Clinica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301  
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co





**Mi querido amigo Luis:  
hace seis meses cumplidos  
que aquí en Estados Unidos  
suspiro por un anís;  
porque en este gran país  
por espantosa ironía  
cualquier cosa se hallaría  
que la fantasía invente,  
pero un trago de  
aguardiente  
¡nunca se conseguiría!**

*En los años sesenta, siendo embajador  
en Estados Unidos, Diego Calle Restrepo  
escribe a un amigo estas súplicas en verso*



**Aguardiente  
Antioqueño**

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986  
PROHIBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994